

TISQUESUSA EL ZIPA PODEROSO, MUERE EN FACATATIVA
POR LOS FERTILES CAMPOS DE SOPÓ VA EL GRAN EJERCITO DE
TISQUESUSA EL ZIPA PODEROSO.

Son 70.000 hombres dispuestos a penetrar en los dominios del Zaque. Adelante van los soldados con macana y lanzas de madera, en el centro las armadas de hondas, atrás los flecheros, que llevan grandes arcos y agudos dardos con puntas de hueso. Manda la vanguardia el Cacique de Guasca, que ha venido a apoyar al zipa, su antiguo enemigo; Quixinimpaba, pariente de Tisquesusa, está a la cabeza de la retaguardia. En medio va el Zipa en unas hermosas andas adornadas de esmeralda y oro; es arrogante, de aspecto grave, alto, gallardo; lleva sobre sus hombros una rica manta de color rojo, pues aún guarda el luto por Nemequene, su tío y antecesor; el casco de su cabeza ha sido hecho de piel de tigre, y está sembrada de pluma; todas sus alhajas son dureas: la media luna que lleva en la frente con las puntas hacia arriba, el collar envuelto en la garganta, la patena que tiene en el pecho llena de figuras de insectos, los zarcillos que penden de sus orejas, la argolla que cuelga de su nariz, el brazaletes que adorna su mano izquierda y el macizo cetro que empuña en la diestra. Los rayos del sol se reflejan en estos emblemas de oro. Detrás de las andas llevan las momias de varios guerreros, muertos en los campos de batalla.

¡QUÉ GRANDIOSO ESPECTACULO EL DE AQUEL EJERCITO QUE CAMINA
CARACOLEANDO COMO UNA LARGA SERPIENTE!

A la derecha están las moles inmensas de los Andes con un manto de neblina en las cumbres, a la izquierda la sabana extensa con sus bohíos, sus sementeras y sus lagunas. Atrás quedaban Cajica y la fortaleza de Busongote, donde se había organizado el ejército. Cuando los soldados volvían a mirar, divisaban todavía a lo lejos el blanco toldo y la cerca de la madera; se veían ya muy pequeños, no obstante que el uno tenía dos mil varas de largo y los otros quince pies de altura. Los soldados llevan atada a la cintura blancas pampanillas de algodón que les cubren hasta las rodillas, y un manto de la misma tela y del mismo color atado sobre el hombro izquierdo; en la cabeza llevan penachos de plumas, en los brazos y en el rostro tienen pintadas figuras monstruosas, rojas y negras. Se distinguen los Jefes de las distintas tropas por sus estandartes con ídolos pintados, y sus mantas, que son de colores, sus flechas con espinas de pescado, sus cascos de pieles, sus plumas de guacamaya, sus petos de oro, sus chagualas de esmeraldas. Todos, jefes y soldados, tienen la nariz achatada, el color cobrizo, el pie descalzo, los ojos negros, los dientes finos, el pelo áspero. Ninguno tiene barba.

La mañana esta hermosa y fresca: el sol baña cariñosamente con sus tibios rayos el ejército y la llanura. Las placas de oro brillan con las caricias solares. El aire está diáfano, la campiña está olorosa, el cielo está azul. Ese día va a hacer el combate; no lejos de allí está el ejército de Quiminchateca, el anciano Zaque de Tunja, pronto a impedirles la entrada en sus grandes dominios. El ejército camina a paso apresurado.

Años hace que corre la sangre de la nación Chibcha. El imperio de los Muisca ha crecido tras cuarenta luchas. Vencidos están los caciques de Zipaquirá, Ébate, Shusha, Simtejaca y Fusagasugá. Con estas conquistas el imperio de los zipas se ha llenado de riquezas, sus dominios por el Norte tocan ya con la nación de los Muzos. Ahora es la guerra con el Zaque de Tunja, a quien no pudieron vencer. Saguanmachica ni Nemequene, los dos antecesores de Tisquesusa. Ambos cayeron en dos sangrientas batallas, lidiando contra aquel rey que tiene su palacio al pie de los montes de Soracá.

TISQUESUSA, EL VENCEDOR DE LOS SUTAGAOS, VA A DAR UN NUEVO COMBATE.

Las fuerzas del Zaque son inferiores, faltas del apoyo del sumo sacerdote de Iraca. El ejército camino todo el día y ya al caer de la tarde el enemigo fue avistado, y se alzó entonces espantosa gritería. Alaridos destemplados y ruidos de tambores, caracoles y pitos de guerra llenaron la llanura y repercutieron en las breñas andinas. Las lanzas fueron puestas en ristre, las piedras se colocaron en las hondas, las saetas en los arcos, los estandartes se agitaron, las momias se alzaron en lo alto, el zipa arengó a sus soldados.

El combate parecía inminente. Los enemigos no estaban aún al alcance de las flechas, pero dentro de poco rato llegaría el momento de la lucha.

Vióse entonces venir por el lado de la cordillera otro pequeño ejército que traía sobre andas de madera un hombre lleno de majestad. En la cabeza tiene una tiara de oro, con dos alas; zarcillos enormes, también áureos, penden de sus orejas, y una placa rectangular cuelga de su nariz y le cubre los labios; en el pecho trae una coraza del mismo metal; apoya la mano derecha en un cetro bifurcado.

**EL EJERCITO DE TISQUESUSA LO RECONOCIÓ CUANDO ESTUVO CERCA;
ERA SUGAMUXI, EL SACERDOTE DE IRACA, EL SOBERANO ESPIRITUAL,
AQUEL QUE ERA ATACADO HASTA POR JEFES SOBERANOS.**

Su antecesor Nompanin se había mezclado en la anterior guerra a favor del Zaque, y había luchado a la cabeza de sus súbditos en aquel combate en que Nemequene cayó herido. Sugamuxi venía ahora a traer la paz; el representante de Bochica no debía luchar, sino establecer la concordia. Por eso había dejado su templo, allá en Iraca, para venir a impedir la batalla. Todo el ejército de Tisquesusa se inclinó al llegar Sugamuxi; nadie se atrevió a mirarle el rostro. Algunos soldados extendieron sus mantas para que pasara sobre ellas; y otros apartaban las piedras del camino. Sugamuxi fue conducido a la presencia del zipa, y allí conferenció largo rato con Tisquesusa. Luego emprendió camino hacia el campamento del Zaque, y allí fue recibido con igual respeto. El ruido de los tambores y los gritos de los soldados llegaron hasta el dosel de Tisquesusa. Este había dado orden de no seguir la marcha. Horas después vino el crepúsculo, y un viento frío empezó a soplar por la llanura. Al llegar la noche, el Zipa recibió unos emisarios del Zaque, y conferencio con ellos largar horas. El ejército sentía los azotes del viento y veía brotar las estrellas sobre el oscuro cielo.

Al día siguiente se supo por todos que la paz estaba hecha por cuarenta lunas. El Zaque unos cacicazgos de Icabuco y Tibaná, y le hacía un presente considerable de oro; el Zipa desistía de su conquista.

Poco después el Zaque regreso a Tunja, feliz por haber salvado de la esclavitud y de la ruina su reino, y pensando que iba a gobernar tranquilo durante muchísimas lunas. El sumo sacerdote de Iraca tomó camino para su hermoso valle a celebrar en su templo algunos sacrificios. Tisquesusa despachó el ejército a sus hogares, y solo dejó con él 20.000 hombres. Con ellos resolvió seguir hacia los campos de Ubaté

JOVEN, RICO, VALEROSO REY, ¿QUE LE FALTABA YA EN LA TIERRA?

Vencedor de sus enemigos y monarca de muchos pueblos, se creía el aquellos momentos el soberano más poderoso del mundo. ¿Acaso sabía el que había otros continentes con grandes naciones y reyes poderosos? Pensaba que todo lo tenía, y que era invencible. Ay! Ignoraba que existían razas más fuertes y más inteligentes, poseedoras de elementos y riquezas de que él no tenía idea: el hierro, la pólvora, los caballos y los toros, el trigo y el vino, la imprenta y la brújula. No sabía ni siquiera la existencia de los Incas, ni de los Aztecas, ni del mar. Con sus cercados y su oro, sus flechas y sus lanzas, centenares de mujeres y

millares de vasallos ¿Quién era superior a él? ¿No estaba en el colmo del poder y la gloria?

**QUISO ENTONCES VISITAR A FURATENA, LA PODEROSA REINA DE LOS
MUZOS, LA BELLA Y RICA SOBERANA QUE TENIA UN PALACIO
EMPEDRADO DE ESMERALDAS.**

Allá en las orillas del rio Zarique, donde se levantan dos majestuosos picachos cerca de las ricas minas de aquellas piedras verdes como el follaje de los sauces; y emprendió hacia allá el camino.

El cacique de Guatavita, que militaba con él, se fue por los campos de Sesquilé a celebrar su fiesta en la laguna. El cacique de Guasca se dirigió también a su cercado a celebrar la terminación de la fiesta que había sido aplazada por la guerra.

Pocos días después el pueblo Chibcha se entregó al placer y a la alegría en distintos lugares.

EL FINAL DE NUESTRO TISQUESUSA.

El infeliz Tisquesusa que vio sobre si la impensada tempestad de Marte, y tenía discurrido que en la majestad de los reyes es menos sensible rendir el ánimo a la muerte, que el cuello a la sujeción, pretendió escaparse saliendo disfrazado por uno de los postigos en la fortaleza, con algunos Caciques y muchos de los Uzaques que le asistían.

Pero en tan desgraciada ocasión, Alonso Domínguez, caporal de ballesteros, lo atravesó con el pasador de una ballesta, como dice Quesada, a que se debe estar, y no a que fue herida de esto que como advierte mal informado Herrera (Antonio) ni saeta disparada a bulto de sus mismos indios la que lo atravesó por las espaldas como refiere Castellanos (Juan), pues las armas españolas eran las que ya prevalecían en los soldados que habían cogido las puertas, no las tiraderas, por haberse ya retirado temerosos y destrozados los indios.

Mas, como quiera que ello fuese, mostró el acaso el rigor con las que las desdichas se burlan de las coronas, y los cortos privilegios que gozan contra los infortunios y desastres como el que se le siguió a este príncipe que heredero de la fatalidad y tierra en aquellos campos, dando la postrera señal de vida los últimos paroximos de su grandeza. Pero los Uzaques que lo seguían, tomando el cuerpo en hombros a paso presurado, lo metieron por lo más áspero de la maleza, donde, según el aprieto de los tiempos, debieron de darlo sepulcro; porque después Gaspar Méndez, soldado español, haciendo diligencia de rastrear sepulcros, dio en uno recién labrado y hallo en él un cuerpo muerto arreando de buenas joyas,

que pesaron ocho mil castellanos de oro; en cuanto a ser el cuerpo del Zipa, no vino el sentir de los indios ni españoles, por la falta que hallaron de señales y reales aparatos que lo verificasen y ser la cantidad de oro gasto ordinario de la pompa fúnebre de señores de menos calidad; antes prevaleció la opinión que era uno de los Uzaques hombre señalado, que debió de morir en el asalto, y que el cuerpo del Zipa se ocultó donde no se ha detenido más noticias de él.

“Éste fue el fin lastimoso de Tisquesusa, por quien todos sus reinos hicieron doloroso sentimiento”.

BAZURTO PACHÓN JAIRO: Facatativá Tesoro Arqueológico, Por los Caminos de la Historia 2004

Tisquesusa

De Wikipedia, la enciclopedia libre
Saltar a: [navegación](#), [búsqueda](#)

Tisquesusa

Zipa de Bacatá



Tisquesusa representado en un grabado de la *Historia General de las Conquistas de Nuevo Reino de Granada* (1688), del cronista Lucas Fernández de Piedrahita.

Zipa de Bacatá

	<u>1514</u> – <u>1538</u>
Predecesor	<u>Nemequene</u>
Sucesor	<u>Zaquesazipa</u>
Información personal	
Coronación	<u>1514</u>
Fallecimiento	<u>1538</u>
[<u>editar datos en Wikidata</u>]	

Tisquesusa, escrito también como **Thisquesuza** y **Thisquesusha** (†. 1537 Facatativá) fue el cuarto zipa de Bacatá. Gobernó durante 24 años, entre 1514 y 1538. Durante su gobierno llegaron al territorio de la Confederación Muisca los españoles, al mando de Gonzalo Jiménez de Quesada. Se le considera además como el último zipa legítimo, pues fue el último en ocupar el trono por vía de la sucesión matrilineal, como dictaba la tradición muiscas.

Índice

[ocultar]

- 1 Juventud
- 2 Reinado
- 3 Referencias
- 4 Bibliografía
- 5 Véase también

Juventud[editar]

Tisquesusa, sobrino y heredero de Nemequene, había sido cacique de Chía en su juventud (como correspondía según la tradición, pues el

linaje de los zipas de Bacatá provenía de Chía, por línea matrilineal), y luego había asumido la dirección de los ejércitos del Zipazgo.

En 1490, luego de que en la Batalla de Chocontá murieran el zipa Saguamanchica y el zaque Michuá, y a pesar de que el ejército del zipa había ganado la batalla, el joven Nemequene, recién posesionado como nuevo zipa de Bacatá, quiso continuar la confrontación contra el nuevo zaque, Quemuenchatocha, y hacerlo tributario del Zipazgo. Sin embargo, las condiciones no eran favorables para la continuación de una guerra tan extenuante para ambos ejércitos. Por otra parte, los panches y los sutagaos se habían rebelado de nuevo, y atacaban las fronteras del Zipazgo. Sobre este punto, los uzaques, "caballeros más nobles del reino", aconsejaron a Nemequene que disciplinara a los güechas jóvenes enviándolos a la lucha contra los enemigos externos, para luego sojuzgar también a los caciques rebeldes al interior del Zipazgo. Para esto, Nemequene nombró a su sobrino y heredero, el psihipqua (príncipe) Tisquesusa, como general del ejército de Bacatá.¹

Tisquesusa, al mando de 40.000 güechas, marchó por entre la senda de Tibacuy y Pasca para atacar a los sutagaos mientras se fortificaban y guarnicionaban las fronteras de los panches. El cacique de Fusagasugá, al enterarse de la cercanía de Tisquesusa, intentó huir, dejando a su ejército desorganizado. Sin embargo, Tisquesusa le capturó y ejecutó. Posteriormente, Tisquesusa dejó en Tibacuy una guarnición de güechas y partió para Bacatá cargado con un inmenso botín.²

Reinado[editar]



Representación pictórica de Tisquesusa.

Veinticuatro años después, en 1514, Nemequene murió en una batalla contra el zaque Quemuenchatocha, y Tisquesusa tuvo que retirarse de la confrontación para cumplir con la ceremonia de El Dorado en la Laguna Sagrada de Guatavita, pero dejó al mando de su ejército a su hermano, Zaquesazipa, quien logró someter al cacique de Ubaque, que se quería unir al zaque. Al concluir la ceremonia de El Dorado, Tisquesusa se apresuró a unirse de nuevo a su hermano para emprender un ataque definitivo contra el zaque Quemuenchatocha, pero el cacique sagrado Iraca de Suamox (Sogamoso), sucesor del legendario Bochica, se interpuso entre ambos bandos y les obligó a pactar una tregua. La tregua estaba a punto de terminar cuando llegaron a territorio muisca los españoles al mando de Gonzalo Jiménez de Quesada. Un sacerdote de Ubaque, llamado Popón, le había profetizado a Tisquesusa que moriría "ahogado en su propia sangre" a causa de unos extranjeros venidos de lejanas tierras. Esta profecía hizo que la primera reacción del zipa Tisquesusa, al enterarse de la llegada de los hombres blancos, fuera evitar su contacto a toda costa, a la vez que ordenó que un comando de espías le mantuviera al tanto de todo lo referente a los extranjeros. Tisquesusa abandonó la corte de Bacatá y se dirigió a Nemocón, donde se sentía más seguro. Sin embargo, los españoles ya le seguían la pista. Las noticias de los espías del zipa sobre los misteriosos "truenos" que disparaban los extranjeros preocuparon aún más a Tisquesusa, quien decidió trasladarse de nuevo, esta vez hacia la fortaleza militar de Cajicá. Sin embargo, regresó a Bacatá y ordenó el desalojo total de la población, de modo que cuando los españoles llegaron, no encontraron a nadie, y se devolvieron al norte, donde sometieron al zaque. Mientras tanto, Tisquesusa se refugió en los bosques de Facatativá, pero cuando los españoles volvieron a Bacatá, le siguieron el rastro y rodearon el bosque donde se ocultaba. Acamparon en Facatativá y una noche, mientras Tisquesusa intentaba huir, un soldado español, sin saber de quién se trataba, le atravesó una espada en el pecho y robó la rica manta de algodón pintado que portaba el zipa. Los servidores personales de Tisquesusa lo encontraron después debido a que vieron volar los gallinazos en torno al cadáver.³

Referencias[editar]

1. Volver arriba ↑ Marta Herrera Ángel, "Los señores muisca", Revista Credencial Historia No. 44 (Bogotá, 1993).

2. Volver arriba ↑ Plaza, José Antonio de. *Compendio de la historia de la Nueva Granada: desde antes de su descubrimiento, hasta el 17 de noviembre de 1831* (Imprenta del Neogranadino; Bogotá, 1850), p. 6
3. Volver arriba ↑ Herrera Angel, Martha. "Los señores muisca" (*Revista Credencial Historia*, No. 44, Bogotá, 1993)

Bibliografía[editar]

- José Antonio de Plaza (1809-1854). *Compendio de la historia de la Nueva Granada desde antes de su descubrimiento hasta el 17 de noviembre de 1831*. Bogotá: Imp. del Neogranadino, 1850.

Véase también[editar]

- Muisca
- Código de Nemequene
- Gobernantes muisca
- Confederación Muisca
- Zipa
- Bacatá

Predecesor: <u>Nemequene</u>	<u>Zipa de Bacatá</u> (1514-1537)	Sucesor: <u>Zaquesazipa</u>
--	---	---------------------------------------

Obtenido de

«<https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Tisquesusa&oldid=88119835>»

Categoría:

- Gobernantes muisca

Menú de navegación

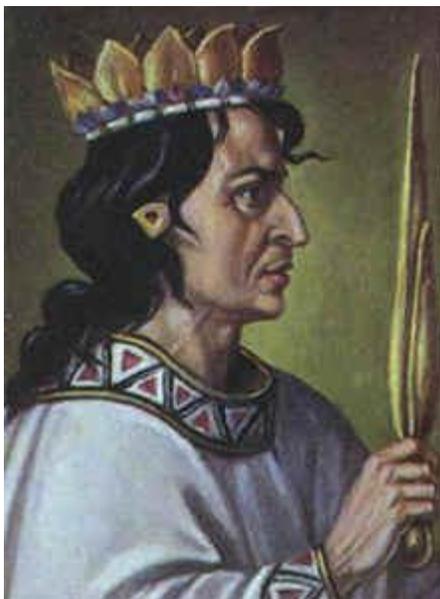
Herramientas personales

- No has iniciado sesión
- [Discusión](#)
- [Contribuciones](#)

- Esta página fue modificada por última vez el 30 dic 2015 a las 21:44.
- El texto está disponible bajo la [Licencia Creative Commons Atribución Compartir Igual 3.0](#); podrían ser aplicables cláusulas adicionales. Léanse los [términos de uso](#) para más información. Wikipedia® es una marca registrada de la [Fundación Wikimedia, Inc.](#), una organización sin ánimo de lucro.

La llegada de los españoles a la [sabana de Bogotá](#) en 1537 el cacique de [Suesca](#) informó secretamente al [Zipa Tisquesusa](#) que [Gonzalo Jiménez de Quesada](#) quería su tesoro. Esto le dio tiempo al Zipa para desplazarse con 600 Usaques a Facatativá. Quesada, al tener conocimiento de la huida de Tisquesusa ordenó a sus soldados su persecución. La noche del 15 de octubre de 1537 Tisquesusa fue herido de muerte por las tropas de Quesada en el sitio llamado las [Piedras del Tunjo](#). Consciente de la cercanía de su muerte, Tisquesusa pidió a los Usaques que lo llevaran a un sitio oculto donde murió, después de lo cual su cuerpo fue enterrado en el [cerro](#) de Mancilla.

Tisquesusa



Ficha Bibliográfica

Título: Tisquesusa

Autor: Herrera Ángel, Marta

Colección: Ciencias sociales; Política; Biografías

Parte de: Biografías Biblioteca Virtual del Banco de la República

Palabras clave: Biografía; Colombia; Líder indígena

Temas: Ciencias sociales

Derechos: Derechos reservados

Mandatario muisca, zipa de Bogotá, muerto en 1538. Tisquesusa era sobrino de Nemequene, a quien sucedió en el zipazgo, máxima autoridad dentro de la jerarquía política de los muiscas de Bogotá. Había sido cacique de Chía y dirigió los enfrentamientos del zipa con los panques, enemigos de los muiscas, al comienzo del gobierno de su antecesor. Estuvo a cargo del gobierno mientras el zipa dirigió la guerra contra el zaque Quemunchatocha (quien ejercía su mando sobre los muiscas asentados en la parte norte del altiplano cundiboyacense), en la cual murió Nemequene. Tisquesusa, al igual que su tío, mantuvo como general de su ejército a su hermano Sagipa, quien continuó los ataques contra el zaque tunjano mientras se llevaban a cabo las ceremonias de sucesión del zipazgo. Concluidas éstas, el zipa, con acuerdo de los uzaques, decidió continuar la guerra contra el zaque, luego de que sus guerreros al mando de Sagipa sometieron al Ubaque, quien se había rebelado.

El zipa y su hermano se dirigieron con más de cuarenta mil hombres contra el zaque Quemunchatocha, quien, aunque también contaba con un poderoso ejército, se hallaba debilitado por las guerras pasadas. En esta oportunidad el zaque no recibió el apoyo del iraca Sugamuxi, quien decidió mediar entre los dirigentes para alcanzar un acuerdo pacífico, y logró que se pactara una tregua que estaba por finalizar cuando llegaron los españoles al altiplano. Popón, famoso mohán del pueblo de Ubaque, le había pronosticado al zipa Tisquesusa que unos extranjeros vendrían a su territorio y le sacarían su sangre, en la cual él moriría envuelto. Este presagio le hizo mirar con temor la proximidad de los españoles y evitar el contacto con ellos. Cuando se enteró del avance de los invasores por su territorio, envió espías a Suesca, hacia donde éstos se habían dirigido, para que le informasen sobre los extranjeros, sus armas, prevenciones de guerra, número de soldados y con cuántos guerreros podría expulsarlos. Mientras los espías estaban en Suesca, tuvo lugar la

muerte de un caballo, lo que les permitió darse cuenta que caballo y caballero no formaban una unidad, como hasta el momento habían creído.

Con base en la información que le dieron sus espías, Tisquesusa salió de su cercado en Bogotá, en sus andas de oro, y se asentó en Nemocón. Esto motivó a los españoles a salir hacia ese poblado. Durante el viaje, la retaguardia de Gonzalo Jiménez de Quesada fue atacada por 600 guerreros de Bogotá, que fueron repelidos. Los informes obtenidos por Tisquesusa sobre la capacidad militar de los españoles y, en especial, sobre los desconocidos "truenos" que expedían los arcabuces, le indujeron a retirarse a su casa fuerte de Cajicá, donde dijo a sus guerreros: ¡No hay resistencia, ni le hallo poder contra estos hijos del sol, porque como cosa del cielo tienen truenos y disparan rayos. Esta mi casa fuerte, aunque llena de armas, no es suficiente defensa para que [sic] gente tan poderosa!, y sin detenerse volvió con toda prisa a su palacio de Bogotá. Una vez allí ordenó la evacuación del poblado, de tal suerte que cuando los españoles llegaron en su búsqueda lo encontraron abandonado. Ante la imposibilidad de encontrar al zipa, los españoles partieron nuevamente hacia el norte y luego de someter al zaque retornaron a buscar a Tisquesusa.

Este se había retirado a su cercado, conocido como casa de monte, en las cercanías de Facatativá. Los españoles, mediante la aplicación de "tormentos" o por la delación del subzaque, quien se había ofendido por los castigos a los que lo sometió el zipa por ayudar a los invasores, lograron establecer el sitio donde se había ocultado el zipa y lo atacaron de noche. Para escapar de la emboscada, Tisquesusa salió por un postigo falso, y un abucero, sin saber de quién se trataba y al ver la manta tan rica que llevaba puesta, lo hirió y lo dejó ir después de quitársela. Herido, el zipa se fue al monte, donde murió, y sólo fue descubierto después por los indios debido a que vieron sobrevolar a los gallinazos. El secreto de su muerte se mantuvo durante casi un año [Ver tomo 1, Historia, pp. 96-98].

MARTA HERRERA ÁNGEL

Bibliografía

AGUADO, PEDRO. Recopilación historial [1581], 4 Vols. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1956. CASTELLANOS, JUAN DE. Elegías de varones ilustres de Indias [1601], 4 Vols. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1955. FERNANDEZ PIEDRAHÍTA, LUCAS.: Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada [1688], 4 Vols. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942. SIMÓN PEDRO. Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales [1626], 7 Vols. Bogotá, Banco Popular, 1981-1982. TOVAR PINZÓN, HERMES. (Comp.). "Relación de Santa Marta". En: Relaciones y visitas a los Andes, siglo XVI Bogotá, Colcultura-Instituto de Cultura Hispánica, 1993, tomo n, pp. 125-188. ZAMORA, ALONSO DE. Historia de la provincia de San Antonino del Nuevo Reyno de Granada [1701], 4 Vols. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1980.

Esta biografía fue tomada de la Gran Enciclopedia de Colombia del Círculo de Lectores, tomo de biografías.

Imagen: Tisquesusa. Témpera de Ignacio Castillo Cervantes. Ministerio de Comunicaciones, Museo Postal, Bogotá.

Tisquesusa en la BLaa Virtual

[Consulte la biografía de Nemequene \(Zipa\)](#)

[Consulte la biografía de Sagipa](#)

[Consulte el texto "Los chibchas antes de la conquista española" de Vicente Restrepo](#)

[Lea el artículo "La sujeción de los chibchas", publicado en la "Historia de Colombia: el establecimiento de la dominación española" de Carl Henrik Langebaek](#)

[Lea el artículo "Los señores muisca" escrito por Marta Herrera Ángel y publicado en la Revista Credencial Historia número 44.](#)

[Lea el texto "Un famoso chorro de orines" de María Vesga Lema, en donde se menciona la figura de Tisquesusa](#)

LA ANTIGUA FORTALEZA DE TISQUESUSA

En Octubre de 1538 murió Tisquesusa, el príncipe de los muiscas. La crónica de la Indias cuenta que murió a manos del caporal de Ballesteros Alonso Domínguez, las anécdotas dicen que se suicidó ante del desamparo de los dioses y inminente asedio del ejército español.

Por: NULLVALUE

□ 30 de septiembre de 2000

Inmediatamente, los españoles comenzaron a poblar el valle de Facatativá, algunos como estancieros, otros como negociantes y trabajadores, a tal punto, que las relaciones entre el colono y el natural ayudaron al acercamiento de los grupos étnicos y condujeron al mestizaje, que aún hoy en día se percibe en los rasgos de sus habitantes y en sus costumbres.

La mezcla también se debe a que el Camino Real que venía desde Honda y llegaba a Santa Fe hacía escala en Facatativá, lo cual convirtió a este poblado en un centro de intercambio de productos agrícolas y en la puerta de todo el reino .

Sin embargo, el desarrollo económico, cultural, social y político que ostenta el municipio se dio dos siglos más tarde cuando se inauguró el Ferrocarril de la Sabana. En aquella época el presidente Rafael Reyes declara a Facatativá como la Capital del Departamento de Cundinamarca.

Desde entonces las pujanza de los habitantes y el permanente anhelo de superación quedó impreso en su genética. Es más, actualmente, en este territorio tienen asientos las empresas más importantes del país.

- □ 0
- □ 0
- □ 0

Publicidad

[Scroll](#)

COPYRIGHT © 2016 EL TIEMPO Casa Editorial.

Prohibida su reproducción total o parcial, así como su traducción a cualquier idioma sin autorización escrita de su titular.

ELTIEMPO.com todas las noticias principales de Colombia y el Mundo

Tisquesusa (1514-1538)



Este mandatario era sobrino de Nemequene, a quien sucedió en el zipazgo. Había sido cacique de Chía y dirigió los enfrentamientos del zipa con los panches, al comienzo del gobierno de su antecesor. Estuvo a cargo del gobierno mientras el zipa dirigió la guerra contra el zaque Quemunchatocha, en la cual murió. Al igual que su tío, mantuvo como general de su ejército a su hermano Saquezazipa, quien continuó las agresiones contra Tunja, mientras se llevaban a cabo las ceremonias de sucesión en el zipazgo. Concluidas éstas, el zipa Tisquesusa, con acuerdo de los uzaques, decidió continuar la guerra contra el zaque, luego de que sus guerreros, al mando de Saquezazipa, sometieron al Ubaque, que se había rebelado. El zipa y su hermano se dirigieron con más de cuarenta mil hombres contra el zaque Quemunchatocha, quien, aunque también contaba con un poderoso ejército, se hallaba debilitado por las guerras pasadas. En esta oportunidad, el zaque no recibió el apoyo del iraca Sugamuxi, quien decidió trabajar en favor de la paz, interponiéndose entre los dos ejércitos. Su mediación logró una tregua que estaba por finalizar a la llegada de los españoles al altiplano.

Popón, un famoso mohán del pueblo de Ubaque, le había pronosticado al zipa que moriría "nadando en su propia sangre", que le habrían de sacar unos extranjeros que vendrían a su reino. Este presagio le hizo mirar con temor la proximidad de los españoles y evitar su contacto. Cuando se enteró del avance español por su territorio, envió espías a Suesca, para que le informasen sobre los extranjeros, sus armas, prevenciones de guerra, número de soldados

y con cuántos podría expulsarlos de su tierra. Mientras los espías estaban en Suesca, tuvo lugar la muerte de un caballo, lo que les permitió darse cuenta de que caballo y caballero no formaban una unidad, como hasta el momento habían creído. Con base en la información de los espías, Tisquesusa abandonó su corte de Bogotá, y en sus andas de oro se dirigió a Nemocón. Esto motivó que los españoles fueran hacia ese poblado. Durante el viaje, la retaguardia de Gonzalo Jiménez de Quesada fue atacada por seiscientos guerreros de Bogotá, que fueron repelidos.

Los informes obtenidos por el zipa sobre la capacidad militar de los españoles y, en especial, sobre los desconocidos "truenos" de los arcabuces, le indujeron a retirarse a su casa fuerte de Cajicá, donde dijo a sus guerreros: "No hay resistencia, ni le hallo poder contra estos hijos del Sol, porque como cosa del cielo tienen truenos y disparan rayos. Esta mi casa fuerte, aunque llena de armas, no es suficiente defensa para gente tan poderosa.

Y sin detenerse, volvió con toda prisa a su palacio de Bogotá". Una vez allí, ordenó la evacuación del poblado, de tal suerte que cuando los españoles llegaron en su búsqueda, lo encontraron abandonado. Ante la imposibilidad de encontrar al zipa, los españoles partieron nuevamente hacia el norte, y luego de someter al zaque retornaron a buscar a Tisquesusa. Este se había retirado a la casa de monte, en las cercanías de Facatativá. Los españoles, mediante la aplicación de tormentos o por la delación del subzaque, quien se había ofendido por los castigos a los que lo sometió el zipa por ayudar a los invasores, lograron establecer el sitio donde se había ocultado el zipa y lo atacaron de noche. Para escapar de la emboscada, Tisquesusa salió por un postigo falso y dos soldados españoles, sin saber de quién se trataba, le dieron una estocada y lo dejaron ir después de quitarle la rica manta que llevaba. Así, herido, el cacique se fue al monte donde murió, y sólo fue descubierto después por los indios debido a que vieron sobrevolar a los gallinazos. El secreto de su muerte se mantuvo durante casi un año.

**Institución de Educación Superior sujeta a inspección y vigilancia
por el Ministerio de Educación Nacional**

Universidad Distrital Francisco José de Caldas PBX: (057) (1) 3239300
- 3238400 Sede principal: Carrera 7 No. 40B - 53 (Nueva Dirección)
Bogotá D.C. - República de Colombia

[FAQ](#) | [Contacto](#) | [Mapa del Sitio](#) | [Directorio](#) | [Políticas de Privacidad](#) |
[Enlaces de Interés](#) | [Designed By](#)

Horario de atención: 8 a.m. a 5:00 p.m

Litigio en el Consejo de Estado

¿Existió o no el cacique Tisquesusa?

Según el Instituto de Antropología e Historia, no hay registros de ese nombre, que al parecer fue el que los españoles le dieron al cacique Bogotá.

Por: Juan Sebastián Jiménez Herrera

248Compartido

<http://www.elespectador.com/noticias/nacional/existio-o-no-el-cacique-tisquesusa-articulo-490297>

<http://tinyurl.com/ljlvvta>

r



 / Ilustración de Heidi Amaya con base en estampilla del cacique Tisquesusa.

Un litigio en el Consejo de Estado fue la excusa perfecta para recordarnos que muchas veces la historia no ocurrió como nos la cuentan. En virtud de un proceso que se adelanta por una solicitud presentada por el Banco de la República para que se anule el registro de la marca Tisquesusa, al Consejo de Estado llegó un oficio en el que el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh) sostiene que no hay ningún registro oficial de que a mediados del siglo XVI hubiera existido un cacique llamado así. Al parecer, el nombre Tisquesusa fue una invención del cronista español Juan de Castellanos para referirse al cacique de Bogotá.

En el oficio, conocido por El Espectador, el Icanh sostiene que, con respecto a este cacique, “es difícil establecer si Tisquesusa fue su nombre real (...) En todos los documentos disponibles se le llama Bogotá, no Tisquesusa. Al parecer este fue su nombre real. El zipa combatió contra los conquistadores en varias ocasiones hasta que resultó herido de muerte, probablemente, a comienzos de 1538”.

Los españoles crearon toda una serie de leyendas alrededor de la muerte del cacique de Bogotá, de la que se enteraron varios meses después de ocurrida. Entonces, tras su muerte “se generaron leyendas como que había sido enterrado con grandes cantidades de oro”. Esto le costó la vida a su sucesor, un zipa llamado Sagipa, quien pese a haber negociado la paz con los españoles en 1539, fue traicionado y acusado de “no querer revelar el lugar del entierro y fue torturado por esta razón hasta la muerte”.

El documento agrega que “muchos años después, en 1590, el sacerdote y cronista Juan de Castellanos, en su obra *Elegías de varones ilustres de Indias*, cambió el nombre de Bogotá por el de Tisquesusa y se ignora de dónde tomó este dato. Es posible que haya sido de alguna tradición oral de la época. A partir de ese momento los cronistas —como el franciscano Pedro Simón— tomaron como cierto este dato y empezaron a llamar a este jefe Tisquesusa —en lugar de Bogotá— y así fue como en la tradición histórica de Colombia se perpetuó ese nombre”.

El informe, firmado por el director del Icanh, Fabián Sanabria, y proyectado por el profesor Jorge Gamboa, ya hace parte del proceso al final del cual el Consejo de Estado debe definir si anula o no el registro de esta marca que, de acuerdo con el Banco de la República, no debió haberse realizado puesto que “la marca Tisquesusa no es susceptible de registro por cuanto está conformado por nombres, caracteres y símbolos de comunidades indígenas y ancestrales del país”.

Las invenciones de Indias

En entrevista con este diario —y al margen del proceso judicial—, el profesor Jorge Gamboa se refirió al oficio y a los hallazgos que ha hecho el Icanh tras años de revisar el Archivo General de Indias y buscar y estudiar los documentos producidos entre 1537 y 1550.

Asegura, entre otras cosas, que “los cronistas de Indias mencionaron unos nombres de jefes indígenas que —al parecer— existieron acá. Pero se puede comprobar fácilmente que la mayoría eran nombres tal vez inventados por ellos o nombres que la gente, la tradición oral, había creado y recogido para la época en que los cronistas escribieron. Es decir, entre 50 y 100 años después de ocurridos los hechos”.

Lo que pasó con Tisquesusa es igual a lo que ocurrió con el cacique Quemuenchatocha. “Son nombres que no se sabe de dónde salieron realmente, porque en los documentos originales no aparecen. En el caso del cacique de Tunja, en las crónicas aparece como Quemuenchatocha, pero en los documentos originales aparece el nombre Eucaneme. Y el origen del nombre Quemuenchatocha no es por el cacique sino por un sobrino suyo que se llamaba Quiminza”, dice Gamboa.

Pero los cronistas no sólo inventaron o, mejor, modificaron los nombres de varios de los caciques del altiplano cundiboyacense, también contaron historias no del todo ciertas. “Por ejemplo, en el caso de Tunja, de acuerdo con los cronistas, los españoles tomaron preso a un cacique, lo torturaron y lo obligaron a pagar con oro por su rescate, pero resulta que ese cacique que ellos tomaron realmente no era el cacique, el verdadero se había escondido en las montañas cercanas a Tunja y había enviado a uno de sus subalternos para que hablara con los españoles y fue a ese subalterno al que tomaron como rehén y durante mucho tiempo creyeron que era el cacique”.

Gamboa explica que esa era una estrategia muy usada por los indígenas: la de no exponer a sus jefes ante los españoles sino enviar gente, “incluso disfrazada”, para que se hicieran pasar por ellos y que en caso de que los españoles los traicionaran, no lo hicieran con el verdadero cacique.

De la misma forma, “todo el proceso de conquista del altiplano cundiboyacense fue muy diferente a como lo cuentan los cronistas. Por ejemplo, omitieron la participación de los mismos indígenas en el proceso de la conquista: la alianza que algunos indígenas hicieron con los españoles para someter a su propia gente. Digamos que la historia siempre se ha contado un poco —a partir de los cronistas mismos— como que los españoles fueron los protagonistas, que sometieron a los indígenas solos, pero resulta que cuando los españoles llegaron hicieron alianzas con los jefes indígenas que lograron atraer a su bando y fueron esos jefes indígenas los que proveyeron las tropas, los alimentos y la logística, y los que resultaron, en últimas, ayudando en la conquista de todo el territorio de lo que fue la Nueva Granada. Eso ocurrió en toda América”.

“Por ejemplo, el cacique de Guatavita —cuyo nombre no conocemos, porque desde siempre se le conoció como el cacique de Guatavita— era enemigo del cacique de Bogotá y fue uno de los primeros aliados que tuvo Gonzalo Jiménez de Quesada”.

En lo que al mito de El Dorado se refiere, Gamboa asegura que este fue contado por el cacique de Guatavita al cronista Juan Rodríguez Freyle, que lo reprodujo en el libro *El Carnero*. “O sea, estamos hablando de que cien años después de la conquista un cacique, que en ese momento gobernaba el pueblo de Guatavita, que ya era un pueblo hispanizado, le contó una leyenda al cronista y el cronista la reprodujo en su libro”.

‘Hicieron lo que debían’

Gamboa es vehemente en que de ninguna manera se puede juzgar a los cronistas de Indias por estas invenciones. “En esa época era muy difícil hacer historia en el sentido que la hacemos hoy en día. Se dependía mucho de la tradición oral y obviamente con el tiempo las historias cambiaban. Y los cronistas solían escribir muchos años después. Algunos fueron protagonistas de los hechos y, digamos, los mejores cronistas fueron testigos de los hechos y reproducen y cuentan sus experiencias. Pero hay que tener en cuenta que todos tenían diferentes intereses y no escribían en el sentido en el que escribe hoy en día un historiador, sino que todos escribían por algún interés y exageraban, contaban cosas que no habían visto realmente. Solían tergiversar mucho por intereses propios. Por ejemplo, para lograr que la Corona los premiara por algún tipo de hazaña que decían haber hecho.

Exageraban, por ejemplo, la violencia y la ferocidad de los indígenas o sus capacidades militares, en el caso de los cronistas que eran militares. O en el caso de los cronistas sacerdotes, tendían a exagerar su labor evangélica, a decir ‘aquí era Sodoma y Gomorra’ o que los indígenas eran unos idólatras, pero entonces ellos habían llegado y habían acabado con todo eso y bautizaron a todo el mundo y los convirtieron a todos”.

Gamboa advierte que con las generaciones posteriores, es decir, con los cronistas del siglo XVII, hay muchos investigadores que han demostrado que escribieron “tratando de generar un sentido como de amor a la patria. Ya para esa época se concebían como descendientes tanto de los blancos como de los indígenas y querían sentir orgullo de sus antepasados, entonces por un lado hablaban con orgullo de las hazañas de sus antepasados conquistadores, pero al mismo tiempo

señalaban que los indígenas no eran tan atrasados como los pintaban porque ellos mismos se veían como descendientes de los indígenas.

Por eso contaban que había unas sociedades indígenas muy desarrolladas, que no tenían nada que envidiar a las cortes europeas. Tendían a exagerar el desarrollo cultural y social de los indígenas. Por ejemplo, en ese siglo se generó la idea de que los muiscas eran una especie de reino, que había dos grandes reinos —el reino del zipa y el del zaque— y que eran muy parecidos a los reinos europeos. Pero una exageración fruto de esa necesidad. De esta forma se usó a los muiscas para construir identidad nacional”.

Gamboa concluye diciendo que, pese a los errores en los que los cronistas podrían haber incurrido, “trataron de darle una coherencia a este territorio. De todos modos, crear esas ficciones fue necesario y casi puede decirse que lo sigue siendo hoy en día. Toda nación es una comunidad imaginada y necesita de estos relatos —así sean ficticios— para generar una unidad política”.

jjimenez@elespectador.com

@juansjimenezh

Mie, 05/07/2014 - 02:31

A veces, las personas gustan de aceptar historias fantásticas de su pasado y de sus ancestros, quizá por romántica melancolía, quizá porque nunca comprendieron su presente y prefirieron que les contaran su historia magníficamente.

Opinión por:

DEXTER MORGAN

Lun, 05/05/2014 - 16:36

Tan raro... personajes de élites inventando personajes para tener al pueblo sometido....

Opinión por:

pisacallos

Lun, 05/05/2014 - 09:11

Bueno, entonces me queda la pregunta: ¿porqué el Icanh ha guardado silencio en relacion con estos temas? Si todos sabemos que la historia no es como la cuentan, este Instituto ha guardado silencio cómplice y ha permitido que se sigan transmitiendo tradiciones que no son ciertas. ¿Porqué será?

Opinión por:

donpreocupado1943

Dom, 05/04/2014 - 11:15

SI DESEA SABER NO SOLO DE TISQUESUSA SINO DE OTROS CACIQUES Y ZIPAS, LES RECOMIENDO LEER LA ULTIMA OBRA DEL GRAN ESCRITOR SEVILLANO OMAR ADOLFO ARANGO :EL PRINCIPE DE CHIA. ENFRENTAMIENTO DE DOS MUNDOS,DE VILLEGAS EDITORES,QUE YA ESTA LISTA EN EL MERCADO.. Es una NOVELA HISTORICA. En su obra el escritor Omar Adolfo Arango nos narra " cómo en España se logró manipular y propagar una mentira sobre nuestros aborígenes"en la cual en 1513 Juan López de Palacios Rubios,jurista y consejero de los reyes de España,redactó el "Requerimiento",una síntesis teórica justificadora de la Intervención de España en América,basada en la mentira: Los indios son una raza inferior de salvajes,sucios,infieles bárbaros,idólatras,caníbales". No obstante,el 100% de la población europea creyó esa mentira,históricamente deshonrosa para los pueblos indígenas.

Opinión por:

lapizlasuri

Dom, 05/04/2014 - 12:01

Gracias por su aporte. Buscaré el libro y el autor mencionado. Pero además conceptúo igual que otra forista quien dice que no ha cambiado para nada el ambiente. Seguimos viendo como los poderosos hacen pactos para traicionar a otros, como se secuestra y se pide rescate, como se dicen mentiras y se manipula información. CONCLUSION: No hemos evolucionado. Simple y llanamente seguimos siendo y viviendo con la manipulación del poder y la riqueza. Ahora recuerdo una vez que el señor de NOCTURNA RCN se burló de otro porque éste decía que la deshonestidad, la trampa y la corrupción "pareciera" que fuera genética. Y miren...parece que no estamos muy lejos de confirmar ésta teoría si seguimos indagando nuestra historia...Moraleja: No reinos de nadie xq' acabarán riéndose de nosotros.....Esto va para los que ingratamente esa noche escuché en ese programa. Puede que al final se deduzca que no es genética la trampa...pero por eso no me reiré de los que así opinaron.

Opinión por:

donpreocupado1943

Dom, 05/04/2014 - 11:09

SI DESEA SABER NO SOLO DE TISQUESUSA SINO DE OTROS CACIQUES LES RECOMIENDO LEER LA ULTIMA OBRA DEL GRAN ESCRITOR SEVILLANO OMAR ADOLFO ARANGO :EL PRINCIPE DE CHIA. ENFRENTAMIENTO DE DOS MUNDOS,DE VILLEGAS EDITORES,QUE YA ESTA LISTA EN EL MERCADO.. Es una NOVELA HISTORICA. En su obra el escritor Omar Adolfo Arango describe " cómo en España se logró manipular y propagar una mentira sobre nuestros aborígenes"en la cual en 1513 Juan López de Palacios Rubios,jurista y consejero de los reyes de España,redactó el

"Requerimeinto",una síntesis teórica justificadora de la Intervención de España en América,basada en la mentira: Los indios son una raza inferior de salvajes,sucios,infieles,bárbaros,idólatras,caníbales". No obstante,el 100% de la población europea creyó esa mentira,históricamente deshonrosa para los pueblos indígenas.

Opinión por:

donpreocupado1943

Dom, 05/04/2014 - 10:43

SI DESEA SABER NO SOLO DE TISQUESUSA SINO DE OTROS CACIQUES LES RECOMIENDO LEER LA ULTIMA OBRA DEL GRAN ESCRITOR SEVILLANO OMAR ADOLFO ARANGO :EL PRINCIPE DE CHIA. ENFRENTAMIENTO DE DOS MUNDOS,DE VILLEGAS EDITORES,QUE YA ESTA LISTA EN EL MERCADO.

Opinión por:

pako

Dom, 05/04/2014 - 10:40

Es similar al "gran colombiano"...un montaje, éste, el gran colombiano aún no ha nacido.

Opinión por:

leamas

Dom, 05/04/2014 - 10:04

la verdadera biblia nacional y nuestra fue borrada para implantar historietas judeocristianas estupidas mas ficticias que nuestra realidad indígena,la memoria real fue borrada con sangre para estar idolatrando un torturado imaginario en una cruz el cual nunca existio

Opinión por:

Giovany Wiscal

Dom, 05/04/2014 - 09:09

Tisquesusa era el barrio donde tuvo su residencia el 'flaco' Agudelo de sábados felices.

Opinión por:

Karonte

Dom, 05/04/2014 - 08:13

"La historia la escriben los vencedores" !!!..... es asi de sencillo!!!

Opinión por:

ccdc

Dom, 05/04/2014 - 07:29

En resumen algún vivo registró la marca Tisquesusa, pero quedan muchos no-nombres de nuestra no-historia por patentar. No se pierde identidad cultural por eso, no señor !

Opinión por:

LADESPLAZADA

Dom, 05/04/2014 - 06:30

Tampoco ha cambiado nada la tortura de inocentes, para sacarles una "verdad" que no existe pero la necesitan para justificar sus atropellos....No ha cambiado nada eso de "llegar a acuerdos y conciliaciones" para luego darles la estocada fina con las traiciones....En Colombia, con estos politiqueros, buenos descendientes de los traidores y ladrones españoles, se ha dado mucho, y se seguirá viendo.....Estamos a la espera de la ultima traición de estos tiempos: La que le dará Santospositivo, y su cochina clase política a las FARC-ep y al ELN....Esperemos!

Opinión por:

LADESPLAZADA

Dom, 05/04/2014 - 06:24

Esto no ha cambiado nada!..Cuando se muere uno que se ha rebelado contra el imperio español y yanqui, entonces le inventan grandes fortunas, le construyen una historia basada en mentiras y calumnias: ej; Hugo Chavez, y los incautos se la enguyen toda, todita!...Siempre han existido los sapos, arrastrados que llevan en sus venas el vasallaje y denuncian y ayudan a combatir, (también a partir de múltiples historias de mentiras) a los que verdaderamente quieren defender nuestra patria de los invasores saqueadores...ejem; Simón Bolivar, Hugo Chavez, grupos guerrilleros, etc....Por eso la Historia es y será una mentira, o una verdad a medias, contada bajo los intereses del escritor que la somete a sus intereses egoístas, políticos y monerarios...En cualquier momento de nuestras vidas, de todo lo que nos cuenten, debemos creer la mitad!

Opinión por:

David Wilches

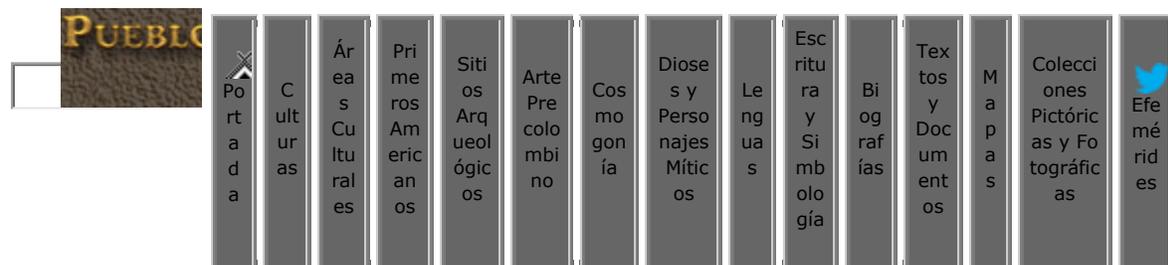
Dom, 05/04/2014 - 05:42

La historia escrita no concuerda nunca con la realidad; está sujeta a la mentalidad y ojos del que la escribe...lo que dice hoy, mañana será falso...consturámos una unidad nacional en base a la mentira...

Si quiere leer los comentarios o participar en el foro: [DESPLEGAR COMENTARIOS](#)

Publicidad

Tisquesusa



Muisca

† 1537

Señores Muisca

También mencionado como *Tisquesusha*, sobrino y sucesor de [Nemequene](#), había sido cacique de Chia y dirigió los enfrentamientos del zipa con los Panches, al comienzo del gobierno de su antecesor. Estuvo a cargo del gobierno mientras el *zipa* dirigió la guerra contra el *zaque* [Quemuenchatocha](#), en la cual murió.

Al igual que su tío, mantuvo como general de su ejército a su primo [Sagipa](#), quien continuó las agresiones contra Tunja, mientras se llevaban a cabo las ceremonias de sucesión en el zipazgo.

Las exequias fueron solemnes, con el pueblo abatido, los jeques hicieron los honores depositando el cuerpo en un lugar recóndito para que nunca fueran profanados sus restos. Sus servidores según la usanza fueron enterrados vivos luego de narcotizarlos.

Tisquesusa, deseando hacerse popular, juró venganza a la muerte de su tío, así encomendó a Sagipa al mando de treinta mil hombres a invadir el valle de Tenza, dominio del *zaque*. En pocos días los caciques de Machtetá, Zunubá y Tibirita prestaron obediencia al zipa, y el de Somondoco debió abonar

cuantiosos tributos para mantener su existencia política.

Cajicá fue el punto de reunión de setenta mil hombres para atacar al *zaque*, con la asistencia de todos los caciques tributarios y aliados. Quemuenchatocha por su parte había reunido su ejército, incrementándolo con mercenarios bien pagados como los de Velez. Pero Sugamuxi, cacique del valle sagrado de Iraca, ejerció su mediación sagrada, la que debían acatar los monarcas, logrando una tregua, en cuyo transcurso se produjo la invasión española.

Cuenta [Fray Pedro Simón](#) que, cuando se preparaba a hacer la guerra al Hunza, tuvo un sueño que lo preocupó mucho. Representóles su imaginación que se estaba bañando en su casa de recreo de Tena, y que toda el agua se le convirtió en sangre. Lleno de temor, hizo llamar los principales jeques de sus dominios para que le explicasen el sueño. Los más viejos dieron primero su parecer, declarando que significaba que el zipa se había de bañar en la sangre del zaque; a todos los que estuvieron de acuerdo con esta interpretación, tan a la medida del gusto de su señor, los premió con mantas, joyas y favores.

Había en Ubaque un jeque famoso entre todos, llamado *Popón* que desapareció de Bacatá la noche antes de presentarse a declarar el sueño; caminando para su casa, encontró dos o tres indios principales, a quienes dijo poco más o menos lo siguiente: *"Vuélvome a mi tierra sin haber explicado a vuestro zipa el sueño, por ser muy diferente lo que le ha de suceder de lo que le han declarado los otros jeques, y si yo se lo dijera en su presencia me había de matar, por ser como es tan cruel; pero decidle que lo que soñó que le parecía se bañaba en sangre no quiere decir que se ha de bañar en la sangre del hunsa, sino en la suya propia, porque unos hombres de otras tierras que van llegándose ya a ésta, lo han de matar"*. Dicho esto, siguió su camino tratando de poner en salvo su persona, pues no dudaba que el bacatá lo haría buscar para castigar su temeridad, quitándole la vida. Así lo intentó, aunque fueron inútiles todas la diligencias que se hicieron para dar con él.

Cuando se enteró del avance español por su territorio, envió espías a Suesca, para que le informasen sobre los extranjeros, sus armas, prevenciones de guerra, número de soldados y con cuántos podría expulsarlos de su tierra. Mientras los espías estaban en Suesca, tuvo lugar la muerte de un caballo, lo que les permitió darse cuenta de que caballo y jinete no formaban una unidad, como hasta el momento habían creído. Con base en la información de los espías, Tisquesusa abandonó su corte de Bogotá. Esto motivó que los españoles fueran hacia el poblado. Durante el viaje, la retaguardia de [Gonzalo Jiménez de Quesada](#) fue atacada por seiscientos guerreros de Bogotá, que fueron repelidos. Los informes obtenidos por el zipa sobre la capacidad militar de los españoles y, en especial, sobre los desconocidos *"truenos"* de los arcabuces, le convencieron que sería imposible intentar defensa ante gente tan poderosa.

Ordenó la evacuación de Bacatá, de tal suerte que cuando los españoles llegaron en su búsqueda, la encontraron abandonada. Ante la imposibilidad de encontrar al zipa, partieron hacia el norte, y luego de someter al zaque retomaron a buscar a Tisquesusa. Este se había retirado a la casa de monte, en las cercanías de Facatativá.

Alguna infidelidad les permitió a los españoles conocer el sitio donde se ocultaba, y lo atacaron por la noche. Tisquesusa salió con algunos de los principales de su corte y de su guardia por una puerta del cercado, y fue herido por la estocada de un soldado llamado Alonso Domínguez, que sin saber de quien se trataba, le dejó ir después de quitarle la rica manta que llevaba. Llegó a un bosque cercano donde murió bañado en sangre como lo había anunciado el jeque *Popón*. Los usaques lo enterraron en un lugar oculto. El secreto de su muerte se mantuvo durante casi un año. Fue sucedido por su primo Sagipa.

Zipas de Bacatá	
Antecesor	Sucesor
 Nemequene	 Sagipa

Código de Nemequene

De Wikipedia, la enciclopedia libre

Saltar a: [navegación](#), [búsqueda](#)



Nemequene representado en un grabado de la *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada* (1688), del cronista Lucas Fernández de Piedrahita.

El **Código de Nemequene** fue un conjunto de leyes promulgadas por Nemequene, tercer zipa de Bacatá, quien gobernó entre 1490 y 1514. El Código de Nemequene se enmarca dentro del derecho indígena precolombino y, comparativamente, es muy similar a la noción occidental de Derecho consuetudinario. Las principales fuentes de información sobre el Código de Nemequene son los cronistas españoles Juan de Castellanos (el primero que lo pone por escrito), Fray Pedro Simón y Lucas Fernández de Piedrahita.¹

Buena parte de las normas establecidas por Nemequene permanecieron vigentes incluso después de la conquista española. En 1676, el cronista Lucas Fernández de Piedrahita declaraba que los muiscas cumplían las normas del Código de Nemequene con tanta puntualidad, que aún permanecían parcialmente vigentes, aunque con la imposición de las leyes españolas ya se estaban dejando en el olvido.² Por otra parte, algunos especialistas como el profesor Vicente Restrepo opinan que lo que Nemequene hizo en su Código fue recopilar y poner en vigor de nuevo antiguas leyes, acondicionándolas y reformándolas de acuerdo a las necesidades de su tiempo. Para esto, el profesor Restrepo se basa en el testimonio del cronista Fray Pedro Simón, quien presenta el contenido del Código como "leyes de inmemorable antigüedad".³ Así pues, Nemequene era considerado por los muiscas como el gran legislador después de Bochica.⁴

Nemequene

De Wikipedia, la enciclopedia libre

Saltar a: [navegación](#), [búsqueda](#)

Nemequene

Zipa de Bacatá



Nemequene representado en un grabado de la *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada* (1688), del cronista [Lucas Fernández de Piedrahita](#).

Zipa de Bacatá

1490 – 1514

Predecesor [Saguamanchica](#)

Sucesor [Tisquesusa](#)

Información personal

Coronación 1490

Fallecimiento 1514

[\[editar datos en Wikidata\]](#)

Nemequene († 1514) fue el tercer zipa de Bacatá, que gobernó entre 1490 y 1514. Ascendió al trono tras la muerte de su tío, el zipa Saguamanchica, en la Batalla de Chocontá.

Índice

[ocultar]

- [1 Etimología del nombre](#)
- [2 Reinado](#)
- [3 Referencias](#)
- [4 Bibliografía](#)
- [5 Véase también](#)
- [6 Enlaces externos](#)

Etimología del nombre[editar]

La palabra Nemequene, en muysccubun, tiene dos significados:

1. "Hueso de jaguar", interpretado erróneamente por los españoles como "hueso de león".
2. Y "fuerza de jaguar".

Se trata de una palabra compuesta por dos partes: *nymy* (jaguar, o gato montés)¹ y *qyne* (hueso o fuerza).²

Como la vocal "y" era pronunciada por los muiscas de manera intermedia entre la "e" y la "i", pero más cercana a la "e",³ ha perdurado la grafía "e" en la escritura de la palabra.

Reinado[editar]



Representación pictórica de Nemequene.

En 1490, luego de que en la Batalla de Chocontá murieran el zipa Saguamanchica y el zaque Michuá, y a pesar de que el ejército del zipa había ganado la batalla, el joven Nemequene, recién posesionado como nuevo zipa de Bacatá, quiso continuar la confrontación contra el nuevo zaque, Quemuenchatocha, y hacerlo tributario del Zipazgo. Sin embargo, las condiciones no eran favorables para la continuación de una guerra tan

extenuante para ambos ejércitos. Por otra parte, los panches y los sutagaos se habían rebelado de nuevo, y atacaban las fronteras del Zipazgo. Sobre este punto, los uzaques, "caballeros más nobles del reino", aconsejaron a Nemequene que disciplinara a los güechas jóvenes enviándolos a la lucha contra los enemigos externos, para luego sojuzgar también a los caciques rebeldes al interior del Zipazgo. Para esto, Nemequene nombró a su sobrino y heredero, el psihipqua (príncipe) Tisquesusa, como general del ejército de Bacatá.⁴

Tisquesusa, al mando de 40.000 güechas, marchó por entre la senda de Tibacuy y Pasca para atacar a los sutagaos mientras se fortificaban y guarnicionaban las fronteras de los panches. El cacique de Fusagasugá, al enterarse de la cercanía de Tisquesusa, intentó huir, dejando a su ejército desorganizado. Sin embargo, Tisquesusa le capturó y ejecutó. Posteriormente, Tisquesusa dejó en Tibacuy una guarnición de güechas y partió para Bacatá cargado con un inmenso botín.⁵

Mientras Tisquesusa se enfrentaba a los sutagaos de Fusagasugá, el zipa Nemequene estaba en plena batalla contra los panches. Esta situación de desorden fue aprovechada por el cacique de Zipaquirá para aliarse con los de Ubaté y Guatavita en una nueva rebelión al interior del Zipazgo. Sin embargo, Nemequene alcanzó a reunir a 16.000 de sus mejores güechas con los que marchó a Zipaquirá, derrotando definitivamente al cacique rebelde. Luego de esta batalla, Nemequene regresó triunfante a Bacatá.⁶

Entre tanto, el cacique de Guatavita, deseoso de vengarse del zipa, le envió un mensaje a Nemequene instándolo a que le enviara dos de sus súbditos por cada uno de los suyos. Nemequene accedió, enviando camuflados a los güechas más valerosos y leales con órdenes de que mataran al cacique de Guatavita y a su familia tan pronto como el zipa atacara el poblado. En efecto, Nemequene, apoyado por el ejército del cacique de Guasca, marchó sigilosamente durante la noche y atacó Guatavita por dos frentes, pereciendo gran número de pobladores. Tan pronto como los güechas del zipa sintieron el ataque, dieron muerte al cacique de Guatavita y a toda su familia. Nemequene nombró entonces como nuevo cacique de Guatavita a su hermano, y poco después se dirigió a Ubaque, cuyo cacique también se había rebelado. La batalla contra Ubaque duró siete meses, pero al final, el cacique, observando la penosa situación de su gente, se rindió ante el zipa, y como muestra de sumisión le dio a dos de sus hijas, una como esposa de Nemequene, y otra como esposa de su hermano, el nuevo cacique de Guatavita.⁷

Terminada la pacificación de Guatavita y Ubaque, Nemequene marchó contra los cacicazgos de Ubaté, Susa y Simijaca, que tampoco querían sujetarse a la autoridad del zipa. Al llegar a Ubaté, comenzó la batalla, que duró un día entero, con una tregua durante la noche. A día siguiente, Nemequene hizo pregonar que la lucha sería a sangre y muerte, sin dar cuartel a nadie. Presas del miedo, los defensores de Ubaté huyeron, dejando el paso libre al zipa, quien se tomó la población. Posteriormente, partió contra Susa y Simijaca, que sufrieron igual suerte, fijándose aquellas tierras como fronteras del Zipazgo con los muzos.⁷

El nuevo cacique de Guatavita, hermano de Nemequene, deseoso de poseer los tesoros de Ubaque, le pidió al cacique de Chiguaní que enviara espías para conocer el estado de la defensa del cacique de Ubaque. Luego de conocer la débil situación del poblado, llegó una noche y masacró a casi todos los habitantes de Ubaque. Unos pocos escaparon protegiendo

al cacique y cargando el tesoro. Se refugiaron en un peñón frente a la laguna de Ubaque, pero luego de estar sitiados por el enemigo durante cinco días, el cacique decidió arrojar su tesoro a la laguna y abrirse paso por entre las tropas enemigas, muriendo en el intento. El cacique de Guatavita envió entonces emisarios a su hermano, el zipa Nemequene, justificando su conducta y enviándole cuantiosos presentes. Sin embargo, Nemequene rechazó las donaciones por considerar que el cacique de Ubaque había resistido muerto de manera honorable.⁸

Luego de haber aplastado los movimientos rebeldes al interior del Zipazgo, Nemequene preparó un ataque contra el Zacazgo, al mando del zaque Quemuenchatocha. Al enterarse del plan de invasión, el zaque preparó un ejército de 50.000 güechas. Entre tanto, el ejército del zipa fue organizado así: Zaquesazipa, futuro sucesor de Tisquesusa, comandaría la vanguardia del ejército; Tisquesusa iría a la retaguardia, mientras que Nemequene obraría como general en jefe. La batalla tuvo lugar en el sitio de "Las Vueltas", por donde corre un pequeño arroyo del mismo nombre, y fue sostenida por ambas partes desde el medio día hasta casi entrada la noche. El ejército del zipa ya contaba con la victoria, cuando Nemequene, entusiasmado por el ardor del combate, se lanzó al campo contrario, donde recibió un dardo mortal en el pecho. La noticia se propagó rápidamente entre sus hombres, pero Zaquesazipa impidió la desertión, ordenando en cambio una retirada cuidadosa. El zaque Quemuenchatocha volvió a Hunza satisfecho por no haber perdido territorio, mientras que el zipa Nemequene fue trasladado a sus aposentos de campaña, donde murió cinco días después. Fue sucedido por su sobrino, Tisquesusa.⁹

Además de las acciones bélicas, Nemequene fue célebre por haber promulgado un cuerpo de leyes conocido como el Código de Nemequene, del que se mantuvieron vigentes algunas disposiciones incluso después de la conquista española.¹⁰

Referencias[editar]

1. Volver arriba ↑ Diccionario Muyscubun / nymy
2. Volver arriba ↑ Diccionario Muyscubun / quyne
3. Volver arriba ↑ Uricoechea, Ezequiel. Gramática, confesionario, catecismo y vocabulario de la lengua chibcha (París, 1871), Libro Primero, Capítulo 2
4. Volver arriba ↑ Marta Herrera Ángel, "Los señores muisca", Revista Credencial Historia No. 44 (Bogotá, 1993).
5. Volver arriba ↑ Plaza, José Antonio de. Compendio de la historia de la Nueva Granada: desde antes de su descubrimiento, hasta el 17 de noviembre de 1831 (Imprenta del Neogranadino; Bogotá, 1850), p. 6
6. Volver arriba ↑ Plaza, José Antonio de. Compendio de la historia de la Nueva Granada: desde antes de su descubrimiento, hasta el 17 de noviembre de 1831 (Imprenta del Neogranadino; Bogotá, 1850), pp. 6-7
7. ↑ Saltar a: ^a ^b Plaza, José Antonio de. Compendio de la historia de la Nueva Granada: desde antes de su descubrimiento, hasta el 17 de noviembre de 1831 (Imprenta del Neogranadino; Bogotá, 1850), p. 7
8. Volver arriba ↑ Plaza, José Antonio de. Compendio de la historia de la Nueva Granada: desde antes de su descubrimiento, hasta el 17 de noviembre de 1831 (Imprenta del Neogranadino; Bogotá, 1850), pp. 7-8

9. Volver arriba ↑ Plaza, José Antonio de. *Compendio de la historia de la Nueva Granada: desde antes de su descubrimiento, hasta el 17 de noviembre de 1831* (Imprenta del Neogranadino; Bogotá, 1850), p. 8
10. Volver arriba ↑ Marta Herrera Ángel, "Los señores muiscas", Revista Credencial Historia No. 44 (Bogotá, 1993).

Bibliografía[editar]

- José Antonio de Plaza (1809-1854). *Compendio de la historia de la Nueva Granada desde antes de su descubrimiento hasta el 17 de noviembre de 1831*. Bogotá: Imp. del Neogranadino, 1850.

Véase también[editar]

- Muiscas
- Código de Nemequene
- Gobernantes muiscas
- Confederación Muisca
- Zipa
- Bacatá

Enlaces externos[editar]

- Biografía de Nemequene, Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Bogotá).
- Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada: a las S. C. R. M. de d. Carlos Segundo rey de las Españas y de las Indias,Fernández Piedrahíta, Lucas, 1624-1688.

Predecesor: <u>Saguamanchica</u>	<u>Zipa de Bacatá</u> (1490-1514)	Sucesor: <u>Tisquesusa</u>
--	---	--------------------------------------

Obtenido de «<https://es.wikipedia.org/w/index.php?title=Nemequene&oldid=88119829>»

Categoría:

- Gobernantes muiscas

Menú de navegación

Herramientas personales

- No has iniciado sesión
- [Discusión](#)
- [Contribuciones](#)
- [Crear una cuenta](#)
- [Acceder](#)

Espacios de nombres

- [Artículo](#)
- [Discusión](#)

Variantes

Vistas

- [Leer](#)
- [Editar](#)
- [Ver historial](#)

Más

Buscar



Navegación

- [Portada](#)
- [Portal de la comunidad](#)
- [Actualidad](#)
- [Cambios recientes](#)
- [Páginas nuevas](#)
- [Página aleatoria](#)
- [Ayuda](#)
- [Donaciones](#)
- [Notificar un error](#)

Imprimir/exportar

- [Crear un libro](#)
- [Descargar como PDF](#)
- [Versión para imprimir](#)

Herramientas

- [Lo que enlaza aquí](#)
- [Cambios en enlazadas](#)
- [Subir archivo](#)
- [Páginas especiales](#)
- [Enlace permanente](#)
- [Información de la página](#)
- [Elemento de Wikidata](#)
- [Citar esta página](#)

En otros idiomas

- [Українська](#)

Editar enlaces

- Esta página fue modificada por última vez el 30 dic 2015 a las 21:44.
- El texto está disponible bajo la [Licencia Creative Commons Atribución Compartir Igual 3.0](#); podrían ser aplicables cláusulas adicionales. Léanse los [términos de uso](#) para más información.
Wikipedia® es una marca registrada de la [Fundación Wikimedia, Inc.](#), una organización sin ánimo de lucro.
- [Contacto](#)
- [Política de privacidad](#)
- [Acerca de Wikipedia](#)
- [Limitación de responsabilidad](#)
- [Desarrolladores](#)
- [Declaración de cookies](#)
- [Versión para móviles](#)

EL CÓDIGO DE NEMEQUENE

Puede que aparezca registrado o mencionado pero nunca comentado, y menos analizado, el código chibcha de Nemequene en la historia jurídica o constitucionalista de Colombia. Caso omiso de su importancia y trascendencia hacen los tratadistas, penalistas, profesores, expositores o historiadores de nuestro derecho. Para la gran mayoría, esa historia institucional empieza con el derecho indiano, es decir con el conjunto de normas que los monarcas españoles dictaron e impusieron en su inmenso y

complejo imperio hispanoamericano. Omiten o desprecian los especialistas aquella legislación penal aborígen que sí referencian, hasta detalladamente, los cronistas del Nuevo Reino de Granada.

Por: ARMANDO GOMEZ LATORRE

☞ 1 de abril de 1997

Obviamente no se trata de una codificación escrita, ni mucho menos de una reglamentación positiva. Con fundamento en los usos, costumbres y tradiciones, y adoptado como derecho consuetudinario, el Zipa Nemequene exigió su obediencia mediante procesos breves y sumarios y fallos inmediatos, proferidos por los caciques, en su dilatado y populoso reino de Bacatá epicentro de la civilización chibcha y al que gobernó durante 32 años, de 1490 a 1522.

En medio de guerras y conflictos permanentes tuvo tiempo, sapiencia y paciencia aquel soberano terrígeno para imponer y garantizar el orden, la moral, la disciplina, la honradez, la ocupación, la probidad y la autoridad mediante una legislación tal vez justa y necesaria por las circunstancias sociales, pero excesiva, inhumana y cruel. No obstante, corresponde al mismo nivel y edad cultural de los asirio-caldaicos con su código de Hamurabi; de los hindúes, con las leyes de Manú, o el decálogo de los hebreos en la antigüedad. Fue obra de un estadista, guerrero y legislador.

Curiosamente, aquel código se sujeta a la clásica división de los delitos contra la vida y la integridad personal; delitos contra el honor sexual, con la tipificación de la violencia carnal, el incesto y la sodomía; delitos contra la propiedad, contra la sociedad y seguridad del Estado, además de algunas normas sobre el régimen patrimonial de la herencia. Mandó, por ejemplo, que el homicida pagara con su vida el crimen cometido, aunque fuera perdonado por los deudos de la víctima. Ordenó la pena de muerte al violador, si era soltero; pero si estaba casado, sería deshonrado obligando a su esposa a cohabitar públicamente con dos hombres. A los incestuosos los sepultaban vivos en fosos inmundos, recubriéndolos con pesadas losas. Con tizones ardientes enceguecían a los ladrones y aplicaban terribles torturas y muerte a los sodomitas, traidores, despilfarradores, cobardes, blasfemos, querellistas, embusteros, etc.

Al ocurrir la arrolladora invasión de los conquistadores españoles, el código desapareció al ser desmantelada desde sus raíces la tercera civilización precolombina

Autor: [Aguado, Pedro de, Fray, 1503-1590](#)

Fecha de publicación: 1956

Editorial: [1956-1957](#); [Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones](#)

FRAY PEDRO AGUADO

La "Recopilación Historial" narra los acontecimientos llanamente, sin retorcimientos, salpicando el relato a veces con sabrosos dichos populares que reproducen a la maravilla el ambiente de la época.

Capítulo décimotercio En el cual se escribe cómo el general tuvo noticia de que un capitán general de Bogotá, llamado Sagipa ¹³, se había alzado con el oro y esmeraldas del cacique Bogotá que en la casa del monte fue muerto, y como procuró de atraerlo a su amistad, para haber de aquella riqueza.

Certificado el general de la muerte de Bogotá, por algunos caciques e indios que se lo decían; parecióle ser cierto, sólo por ver que generalmente los indios de la provincia de Bogotá se salían de paz y procuraban su amistad, lo cual en vida de su cacique jamás habían hecho, por la opresión en que el bárbaro los tenía, de los cuales el general procuró inquirir y saber lo que se había hecho de las riquezas y oro que Bogotá en el tiempo de su tiranía había juntado y habido, los cuales le dijeron que antes que muriese había dado todo el oro y esmeraldas que tenía a un indio muy privado suyo y que en las cosas del gobierno y de la guerra era como su teniente y capitán general, el cual no sólo se habla alzado y quedado con todo ello, pero que después de muerto el cacique Bogotá se había él tiránicamente hecho señor de la tierra, y entrándose en el cacicazgo que era de Bogotá, no viniéndole de derecho y por la costumbre que de tiempo antiguo había acerca de la sucesión de aquel cacicazgo, que era que además de haber de ser el sucesor hijo de la hermana mayor del señor de Bogotá, había de ser primero cacique de Chía, y desde allí habla de pasar a serlo de Bogotá; y que en esta sazón, como a los españoles les era notorio, era vivo el cacique de Chía, a quien de derecho venía el cacicazgo de Bogotá, el cual desde el principio había sido amigo de los españoles y conservado su amistad hasta este tiempo; y que ese privado de Bogotá, que se había alzado con el estado, además de no pertenecerle, era un hombre tan soberbio y tirano como el muerto Bogotá, y que siempre había seguido sus pisadas, y aun temían todos que había de ser más cruel y riguroso que el muerto, por lo cual todos en general aborrecían su gobierno y deseaban verle fuera de él; lo cual sabido y entendido por el general procuró y supo el alojamiento de este nuevo tirano, que por su propio nombre era llamado Sagipa.

Y porque no le sucediese con él lo que con Bogotá, no quiso ir a dar en su alojamiento, mas envíele con algunos indios a decir que no estuviere obstinado en seguir la opinión de su antecesor Bogotá, si no quería haber el mismo fin, mas que luégo viniese a la amistad de los españoles y reconociese el vasallaje a su rey, como era obligado. Estaba fortificado en una alta sierra, que cae a las vertientes de las tierras de los indios llamados Panches.

Y asimismo el general entendió en atraer a sí a los demás caciques y señores principales de la provincia, porque aunque, cómo se ha dicho, los más estaban de paz, jamás por sus personas habían visitado al general, mas enviarle con sus indios y sujetos los mantenimientos necesarios, y algunos presentes de oro y esmeraldas, y aun al principio usaron de una invención graciosa, y fue que como algunos indios salían de paz, el general enviaba los que fuesen a llamar a sus caciques para verlos, y como los caciques supiesen que los enviaban a llamar, componían y adornaban de sus trajes y hábitos cacicales, que son algo diferenciados de los que tienen otros indios, a otros de aquellos bárbaros, a los cuales enviaban con título de cacique a donde el general estaba, con los cuales, en presencia de los españoles, usaban los indios inferiores de las propias ceremonias y veneraciones que si fueran los mismos principales, porque así les era mandado. El general, creyendo que lo fingido era natural, hacía todo regalo a estos falsos caciques, y dábales bonetes y camisas de España y otras cosas con que iban muy contentos, que no poco provecho hacían para que después los señores naturales viniesen de paz, porque como supiesen que el general con alguno de los suyos comenzaba ya a entrar por sus tierras para por fuerza hacerles que hiciesen lo que antes de grado no habían querido hacer, temiendo el mal suceso de Bogotá y de otros muchos que en las guerras que habían principiado fueron muertos, y viendo el buen tratamiento que a los que salían de paz se les hacía, se venían todos a congratular y a ganar por la mano antes que los españoles llegasen a sus alojamientos y rancherías donde se habían retirado, y así con algunas salidas que a diversas partes se hicieron, fueron traídos a la amistad de los españoles todos los más de los caciques y señores principales, y personalmente venían a donde el general estaba alojado, a verle.

Los mensajeros que habían ido donde Sagipa, nuevo tirano de Bogotá, estaba alojado y fortalecido, volvieron sin efectuar cosa ninguna, porque pretendía seguir las pisadas de su antecesor, y aunque después por muchas veces fue rogado por el general, mediante los mensajeros que le eran enviados, a que viniese en la amistad de los españoles y a reconocer el dominio a su rey y señor, jamás se movió, si no fuera a hacer el mal y daño que podía, enviando desde lo alto de la sierra, donde estaba, los indios de su opinión, a que hiciesen mal en los que servían a los españoles; y así bajaban tan desvergonzadamente, que muchas veces daban en los indios que andaban a coger hierba para los caballos, y los mataban.

El general, vista la rústica desvergüenza de este nuevo tirano, determinó de irlo a buscar a su alojamiento; aunque muchas veces salió de donde estaba con gente a buscarlo, nunca pudo dar con él, porque como este Sagipa había visto que mediante el caminar de noche habían dado en el cacique Bogotá y lo habían prendido o muerto, jamás se aseguró en un lugar, mas muchas o las más noches le acontecía anochecer en una parte y amanecer en otra, y viendo que con esta diligencia y solicitud no lo podía haber, y como ya en este tiempo los más de los caciques, mediante la buena diligencia de los españoles y de su general, estuviesen de paz, les mandó el general que en ninguna manera favoreciesen a Sagipa, que se intitulaba nuevo cacique de Bogotá, con comidas, ni lo visitasen, ni en sus

casas recibiesen ellos ni sus sujetos ninguno de los indios que andaban amotinados y seguían la opinión y rebelión de Sagipa.

Fue este precepto del general tan guardado y cumplido por los caciques e indios amigos, que en pocos días constriñeron al tirano Sagipa a que viniese a convidar al general su amistad, y esto lo hizo tan pesadamente, que después de haberse ofrecido de ser amigo, gastó muchos días en mensajes y perambulos, primero que quisiese venir personalmente a donde los españoles estaban; mas al fin lo hizo, constreñido de temor y necesidad, que de una a otra parte le cercaban, y con toda la más de su gente, representando aquella bárbara autoridad y rústico señorío y majestad, vino un día a donde el general estaba, el cual lo recibió con mucha alegría y contento, y dándole algunas cosas de España que entre estos bárbaros son estimadas, y muchas cuentas de valor que entre ellos se usan por moneda, lo despidió diciéndole y amonestándole que si pensaba conservar la amistad de los españoles, que no volviese a la sierra, sino que habitase en su población y en ella permaneciese.

El cacique y tirano Sagipa se volvió muy contento con el buen recibimiento que se le había hecho, y dende en adelante por algunos días no dejó de visitar al general personalmente y con mucha familiaridad, sin tener ni dar muestras de ningún resabio, porque jamás el general le habló ni trató del oro de Bogotá, con que se había alzado, porque pretendía primero con prudencia, por halagos y buenas obras, obligar a este tirano a que de su voluntad diese lo que no era suyo ni le pertenecía, pues propiamente era hacienda de Bogotá, su antecesor, que por su rebelión y obstinada alteración, que contra los españoles había tenido, en no haber querido dar la obediencia a su majestad, aunque le había sido requerido por muchas veces, se entendía haber incurrido en perdimiento de todo ello, y pertenecer al Rey o a los españoles presentes; y por esta vía pretendía el general que este Sagipa le entregase pacíficamente el oro y esmeraldas de Bogotá, dejado aparte que, como se ha dicho, este señorío y cacicazgo de derecho le venía y pertenecía al cacique de Chía, a quien por su primera paz y conservación de ella, tenían obligación de favorecer el general y sus soldados y ampararlo en su cacicazgo; pero todo esto se dejaba para mejor ocasión.

En este tiempo tuvo el cacique Sagipa necesidad de entrar a hacer guerra en la tierra de los Panches, enemigos antiquísimos de la gente Mosca; y para entrar más seguro, y haber más entera victoria, rogó al general que le fuese a ayudar con su gente, el cual para más le obligar a su amistad, y a lo que de él pretendía, fue con quince hombres de a caballo y algunos peones en compañía de Sagipa, que llevaba arriba de cinco mil indios de guerra, y entrando por las tierras y poblaciones de los Panches, hicieron en ellas todo el daño que pudieron, y después de haber corrido mucha parte de la tierra de los Panches, comarcana a la de los Moscas, y haberla arruinado toda y muerto muchos indios, se volvieron al valle de Bogotá, que llamaban de los Alcázares, y después de haber llegado al alojamiento de los españoles, el general se determinó de hablar a Sagipa, para que le entregase el oro y esmeraldas del cacique Bogotá, su antecesor, y poniendo en efecto su plática, le dijo que bien sabía cómo el señor Bogotá era muerto, el cual siempre había estado rebelde contra el servicio de su Majestad, y en señal de su rebelión y alteración había con continuas guerras perseguido los españoles, por lo cual tenía perdido el oro y esmeraldas y otra hacienda cualquiera que poseyese, todo lo cual era notorio que él lo tenía y poseía; que le rogaba que pues los españoles habían de permanecer en aquella tierra, y a él le era necesaria su

amistad, que si quería conservarla les entregase todo el oro y esmeraldas que de Bogotá, el muerto, tenía en su poder.

Sagipa respondió que era verdad que él lo tenía y poseía, y que era contento de darlo y entregarlo todo, sin que quedase cosa ninguna, y porque le fue interrogado la cantidad que sería de oro y el término a que se ofrecía a entregarlo, dijo que el oro que él tenía de Bogotá que había de entregar, sería en tanto cuanto cabía en cierto aposento pequeño que allí estaba y tenía presente, que era una muy gran cantidad, y tres escudillas muy grandes llenas de finas esmeraldas, y que lo daría dentro de veinte días, sin que en ello hubiese falta; y todo esto prometía el bárbaro, creyendo que lo habían de dejar ir por el oro; pero el general, que ya entendía hasta dónde se entendía la verdad de estos bárbaros, le dijo que para que su palabra se cumpliera y hubiese efecto lo que decía, se quedase aquellos veinte días en el alojamiento, porque si se viese fuera de él no le pareciese hacer otra cosa; pues era general costumbre entre los indios no guardar ni cumplir su palabra con integridad. El cacique y tirano Sagipa dio muestras de no pesarle lo que el general hacía en tenerle allí, respondiendo que él era muy contento de ello, y así luego envió por sus mujeres y criados, y los tuvo allí, sirviéndose con autoridad de cacique todo el término de los veinte días; en los cuales nuestro general y españoles se hallaron los más ricos hombres del mundo, considerando las riquezas que Sagipa les había prometido de ponerles en las manos, porque si lo que este bárbaro decía que habla de dar, diera y cumpliera, para cada español había un buen quintal de oro, y aun dende arriba, sin las esmeraldas que eran de gran valor.

Pero los veinte días se pasaron y tras de ellos otros veinte, y por aquí se fueron multiplicando y acrecentando los términos y plazos, y con el no cumplir su promesa, comenzó Sagipa a perder de su autoridad y a ser menos bien tratado que de antes, porque pretendió cumplir con solas palabras, y aun lo hizo así aunque a su costa; porque pasa de esta manera, que como este bárbaro, o por no tener lo que había dicho que daría, o por no despojarse de ello, hubiese traído muchos días en palabras y mentiras al general, fue molestado con algunas prisiones, para ver si por esta vía sacarían de él virtud, y como tampoco esto aprovechase, los capitanes y soldados pusieron acusación al Sagipa ante su general, diciendo que se había alzado con aquel oro y esmeraldas de Bogotá, que por las causas arriba referidas pertenecía al fisco real y a ellos; y hechas las informaciones necesarias con los propios indios de la tierra, que dijeron todo lo que querían y sabían, fue condenado el pobre preso a quisióón de tormentos, para que declarase el oro y esmeraldas de Bogotá, siendo ante todas cosas proveído de curador; y aubstanciándose el proceso muy judicialmente, de suerte que no llevase nulidades, como cosa que tanto importaba, puesto a quisióón de tormento, este miserable dijo que le llevasen los españoles donde él los guiarla, y que allí estaba enterrado el oro y lo sacarían todo. Luego fue sacado de la prisión, y encargado a buenos soldados, que con todo recaudo y custodia lo llevasen por donde él los guíase, el cual los llevó por muy ásperas sierras y despeñaderos, de uno de los cuales, como hombre desesperado, se quiso arrojar donde en poco espacio de tiempo quitara su persona de los temporales tormentos a que estaba condenado, y a sus adversarios de congoja y trabajo; pero fue detenido de los que lo llevaban por una cabuya y gruesa soga, que por fiador llevaba al pescuezo; y visto que su intención de este cacique era buscar modos cómo irse de poder de los españoles, muerto o vivo, lo volvieron a la prisión, donde le fueron renovados los tormentos para que declarase dónde tenía el oro; pero como pertinazmente lo negase todo, y por ello se le fuesen agravando las penas, dentro de pocos días murió en la

prisión y tormento, sin dar más que la esperanza que al principio había dado; y así fue llevado y sepultado por sus sujetos y parientes, aunque universalmente todos los indios, como se ha dicho, aborrecían el señorío de este Sagipa, por ser tan tirano como Bogotá, y por eso no fue sentida ni llorada su muerte por todos los de las provincias sujetas a Bogotá, según lo acostumbran hacer en muertes de semejantes señores y caciques.

|Capítulo décimocuarto En el cual se escribe cómo fue repartido entre los españoles todo el oro y esmeraldas que en el Nuevo Reino habían habido, y cómo la ciudad de Santafé fue poblada.

Perdida de todo punto la esperanza de haber el oro y esmeraldas del cacique Bogotá, el general y sus capitanes y soldados determinaron que todo el oro y esmeraldas que en las contiendas y sacos pasados se habían habido, se partiese y dividiese conforme al cargo de guerrador que tenía; porque todo el oro que el general y españoles habían habido en este Nuevo Reino, desde que entraron en el valle de la Grita hasta esta sazón y punto, todo se había juntado y traído a montón, sin que ninguna persona osase defraudar un tomín, por los grandes temores que el general les tenía puestos con el rigor de sus ordenanzas; y así hechas las partes, cupo a cada peón a quinientos y veinte pesos, y al jinete u hombre de a caballo, doblado, que llamaron dos partes, y a los capitanes, doblado que a los jinetes, y el general, después de haber sacado el quinto de todo ello para el Rey, lo repartió todo por la orden dicha, entre los capitanes y soldados, todo lo demás.

En este tiempo ya había tan pocas cosas de las de España en poder de los españoles, que valían a excesivos precios. Todos o los más andaban vestidos de sayos y capas de mantas de la tierra, hechas de algodón, blancas y coloradas, y pintadas de pincel; que las hacían esta gente Mosca, muy curiosamente. Valía una herradura para herrar los caballos, treinta pesos, y un ciento de clavos de herrar, ochenta pesos, y así salía el caballo herrado de todos cuatro pies en ciento cincuenta pesos de buen oro, y así muchos tenían por mejor hacer herraduras de oro bajo, que era medio oro, y herrar con ellas sus caballos, que comprar herraduras de hierro. Un caballo común, que se suele llamar matalote, valía y se vendía en mil pesos, y dende arriba; y si era caballo de buenas obras parecer, valía dos mil pesos; y a este respecto eran los precios de las otras cosas que de España acertaban a haber, que eran bien raras, pues las hechuras de las capas y sayos y gorras que de mantas se hacían, no eran en menos moderados que los precios de las otras cosas que se vendían; y así se estuvieron nuestros españoles con estos vestidos y trajes de mantas, hasta que entró gente del Perú en la tierra con Benalcázar, que por sus dineros les proveyeron de muchas cosas para el ornato de sus personas.

Estando, pues, ya resolutos, como atrás queda dicho, el general y sus españoles en que la tierra se poblase y en ella permaneciesen, el general llamó muchos de los caciques y señores de esta provincia de Bogotá y les dijo cómo para su bien y conversación y

conservación, los españoles querían permanecer en la tierra y vivir en ella, y tenían necesidad de un sitio bueno y acomodado en que hiciesen sus casas y moradas; que ellos, si de ello eran contentos, se lo señalasen y diesen de su mano, tal cual convenía. Los principales le dieron por respuesta que se holgaban de que quisiesen permanecer en su tierra los españoles, por el bien que de ello se les podía seguir, y que ellos mismos, pues había de ser el sitio para su habitación, lo buscasen, escogiesen y eligiesen en la parte y lugar que mejor les pareciese, que ellos les harían las casas en que viviesen.

El general, esto visto, envió de sus capitanes y personas principales, por dos vías, a que viesen la tierra que caía dentro del valle de los Alcázares, dicho ahora de Bogotá, y mirasen con atención el lugar más acomodado para la vivienda de los españoles. Los capitanes San Martín y Gómez de Corral fueron por parte del valle y serranía que cae hacia los Panches, que es al occidente, y los capitanes Lebrija y Céspedes, fueron por la parte del valle que cae hacia la cordillera y serranía de los llanos de Venezuela, que es al oriente; los cuales, vueltos de ver la tierra, les pareció que el mejor sitio para poblar era el donde al presente está la ciudad de Santafé, poblada, que en aquella sazón era un lugarejo de indios llamado Tensaca, que tenía a su cargo un capitán y principalejo sujeto a Tunja; y las causas por donde de los sitios del valle de los Alcázares se tuvo por el mejor este de Tensaca, era porque de más de estar bastecido de leña, hierba y agua para el servicio de los españoles, y conservación de los españoles, era lugar más corroborado y fortalecido para la defensa de los españoles y conservación de los que en la tierra quedasen; porque ya a esta sazón tenía el general determinado de irse en España a dar cuenta a Su Majestad de la tierra que había descubierto y de lo que en ella había, y había de llevar consigo sesenta hombres para su seguridad, porque había de salir por el propio camino que había entrado, y llevando toda esta gente, eran pocos los españoles que en la tierra quedaban, y tenían necesidad de residir en el lugar acomodado para resistir la furia de los indios, si en algún tiempo se rebelasen; y es este sitio un poco alto y algo escombrado y raso, y que de lo alto de la sierra no les podían ofender los indios, ni en ninguna manera se podían aprovechar en él contra los españoles; y por los respectos dichos se determinaron de que el pueblo se hiciese y fundase en el sitio y lugar que he dicho.

Y así el general al capitán Gómez de Corral con ciertos soldados, y con ellos los caciques e indios del valle, los cuales luego hicieron las casas que fueron necesarias para la habitación y vivienda de los españoles, que fueron bohíos de varas y paja cubiertos; los cuales después por muchos años les sirvieron de moradas, hasta que empezaron a hacer casas de tierra y tapias. Hechas las casas y ranchería, el general se mudó a ellas y allí fundó su pueblo, al cual llamó la ciudad de Santafé, así por ser, como he dicho, el natural del Reino de Granada, como por estar esta ciudad fundada y asentada a los remates de una ancha y larga vega muy llana y semejante a la en que está fundada la ciudad de Santafé, en la de Granada; e hizo sus alcaldes y regidores, para la administración de las cosas tocantes a la república, y repartió solares e hizo y nombró otros oficiales, que en semejantes nuevas fundaciones de pueblos se suelen hacer, y juntamente con esto repartió los naturales de la provincia de Bogotá a los vecinos y personas que con él estaban que tenían más méritos y calidades en sus personas, dando a cada un cacique y capitán con sus sujetos en depósito y encomienda, para que le diesen el sustento necesario, acerca de lo cual hay poco que tratar aquí; porque en lo que toca a la condición de estas encomiendas de indios, y otras circunstancias que les competen, y el modo de pagar de tributos, yo lo dejo declarado bastantemente en el primer

libro, sobre el repartimiento que el gobernador García de Lerma hizo de los naturales de Santa Marta, donde el que lo quisiere ver podrá acudir.

Hechas todas estas cosas por el general, con las cuales le pareció que bastantemente tenía dado asiento en la perpetuidad de la tierra, puso luego en efecto su camino e ida a España, y dejando en la ciudad de Santafé por justicia mayor a Hernán Pérez de Quesada, su hermano, y encargada la conformidad al pueblo, tan necesaria para su perpetuidad, se partió de la ciudad de Santafé, la vuelta del valle de la Grita, y en el camino acordó volver a Somendoco, a ver si podía haber algunos engastes ricos de esmeraldas de las minas do se sacaban; y dividiendo su gente, envió la una parte con todo el oro que llevaba, que le fuese a esperar a la población de un cacique llamado Tinjacá que cae en la provincia de Tunja; y él se fue con la otra parte de la gente a Somendoco, y minas de las esmeraldas, adonde se detuvo algunos días, en los cuales la gente y soldados que le estaban esperando en Tinjacá tuvieron noticia cómo adelante de Sogamoso, en cierta provincia de indios llamados Leches, había una casa que por ser tan abundante de riqueza de oro, era llamada la casa del Sol, donde muchas gentes Moscas se enterraban e iban a idolatrar, de quien adelante daremos más larga relación.

Los españoles a quien esta noticia se había dado, pareciéndoles poco oro el que a España llevaban, acordaron rogar y suplicar al general que dilatase la ida para más adelante, pues la fortuna les ofrecía aquel gran tesoro de la casa del Sol, que según los indios le figuraban era innumerable y estimado. Con este intento y alegre nueva, llegó el general de las minas de las esmeraldas por do había ido, el cual viendo el designio que todos sus soldados tenían, y cuán deseosos estaban de ir a la casa del Sol antes que a España, y lo mucho que a ello le incitaban con sus ruegos, y que si así era como se decía, a él le cabría también parte, dio la vuelta a Bogotá, para de allí más cómodamente hacer esta jornada, donde se detuvo algunos días, que no fue poca la utilidad que a sus soldados se les siguió de este impedimento y estorbo de no conseguir su ida en España, porque dentro de pocos días entraron en el Reino los capitanes Benalcázar y Federmán, con más de trescientos hombres, los cuales, si en él no hallaron al general Jiménez de Quesada con toda su gente junta, es cierto que despojaron de la posesión en que estaban de los indios y provincias del Nuevo Reino a los pocos españoles que en la ciudad de Santafé habían quedado poblados, como en el siguiente libro se tratará.

LIBRO TERCERO ¹

En el tercer libro se escribe cómo el general Jiménez de Quesada, desde el valle de la Grita, prosiguió el descubrimiento de la tierra y provincia del Nuevo Reino do Granada, y entrando por la provincia de Bogotá, la vieron y anduvieron, y de allí fueron en demanda de las minas donde se sacan las piedras esmeraldas, donde tuvieron noticia del cacique y señor de aquella provincia, llamado Tunja, al cual prendieron y tomaron todas sus riquezas y después de pasados algunos días, en los cuales sucedieron algunas guerras de indios y

guazabaras, y haber muerto el señor de Bogotá, y haber intentado diversas veces salirse de la tierra del Reino, se volvieron a la provincia de Bogotá, donde poblaron la ciudad de Santafé, y cómo yendo el general a España, se volvió de camino por la noticia que le dieron de la casa del Sol, en la cual decían haber grandes riquezas. |

|Capítulo primero En el cual se escribe la diferencia y altura que de la ciudad de Santa Marta al Nuevo Reino de Granada hay, y cómo los naturales del valle de la Grita tomaren las armas y vinieron sobre los españoles y fueron rebatidos, los cuales, teniendo puesto cierta manera de cerco sobre los españoles, fueron ahuyentados con sólo la vista de algunos caballos, que sueltos se fueron hacia su alojamiento.

Según en el precedente libro queda escrito, hemos tratado largo los infortunios que para llegar al presente puerto, como a principio de nueva tierra, pasaron el general Jiménez de Quesada y sus capitanes y soldados, y para más claridad, así de lo que queda dicho como de lo que de aquí adelante diremos y trataremos, es de saber que esta tierra rasa, que al presente tienen por delante estos españoles, está puesta en cinco grados de equinoccial y dende abajo, y que la ciudad de Santa Marta, de donde habrá un año que partieron, está en poco más de once grados, y que en todo este tiempo que caminaron fue subir y trepar hacia arriba, llegándose a la línea a tomar la cumbre y altura de las cordilleras y sierras donde manan y salen y están puestas las fuentes y nacimientos del río grande de la Magdalena, que, como he dicho, por su gran altura están fijadas en los grados que he referido, y de esto da testimonio la frialdad y destemplanza de toda la más de la provincia del Nuevo Reino, donde habitan las gentes y naturales llamados /*Moscas* y *Laches*, y parte de los /*Chitarenos*, que son los de las provincias de Pamplona, cuya región es muy fría, por lo cual la conquista que al presente se les ofrece a estos españoles, es muy diferente de la pasada, cuanto en muchas cosas las calidades de las tierras y naturales de ellas difieren, y así, aunque la larga experiencia de los pasados sucesos tenía amaestrados a los más de los capitanes y soldados viejos en las cosas de la guerra, al presente se hallaban perplejos en lo que debían hacer y en el modo y orden que debían tener para seguir y principiar la nueva conquista que la fortuna les ofrecía y ponía en las manos, por no haber conocido de todo punto qué gente era la que en aquesta tierra había, ni hasta dónde llegaban sus bríos y ánimos, ni el género de armas de que usaban, hasta que después de rancheados o alojados en el valle de la Grita con prosupuesto de descansar allí algunos días, y reformar así sus personas como sus jumentos y caballos de las hambres y trabajos que en el atravesar las sierras de Opón habían tenido.

Los naturales del valle de la Grita, y otros a ellos comarcanos, admirados de la nueva manera de gentes que por sus tierras tan atrevidamente se entraban, apoderándose de sus casas y labranzas y haciendas, se congregaron con designio de estorbarles el paso, y si pudiesen, hacerles volver atrás, y tomando las armas en la mano, que eran dardos pequeños de palma, tostados al fuego, cuyas heridas suelen ser ponzoñosas, y unas flechas largas que se tiran con ciertos amientos que los propios naturales llaman quizque ¹² y algunas lanzas largas de a veinte palmos y más, y otro género de armas llamadas macanas, que son también de palma, y les sirven de espadas, para cuando llegan a romper y juntarse pie a pie, las cuales son de largor de una espada de mano y media y otras mayores, y otras menores,

de anchor de una mano y más y menos, y por los lados delgadas y afiladas, y que con ellas suelen cortar y aun descuartizar un indio, se vinieron muy gran cantidad de estos bárbaros a acometer y tentar las fuerzas a nuestros españoles, y arremetiendo con buen ánimo, cesó su furia al mejor tiempo, porque como los españoles, cabalgando en sus caballos, saliesen a los indios a recibir en el camino el ímpetu que traían, no siguiendo la opinión que César reprobó en Pompeyo cuando en los campos de Farsalia, estándose quedos los pompeyanos en sus escuadrones, recibieron el ímpetu de los de César, con que les fue hecho mayor daño, mas espantados los indios de la ferocidad y grandeza de los caballos y hombres armados que encima iban, que lastimados con sus lanzas, se retiraron, y volviendo las espaldas llenas de grandísimo temor y dejado el acometimiento que iban a hacer, y alejándose algo de los españoles, se pusieron en los lugares más altos, donde a manera de cerco se estuvieron algunos días intentando rústicos modos de acometer y guerrear, pretendiendo con sus flacas armas y débiles ánimos, ver el cabo y ruina de los enemigos; pero para frustrar de todo punto la bárbara determinación de esta canalla y su rústica obstinación, no fue menester el valor y fuerza de los soldados y capitanes, sino sola la vista de algunos caballos que sueltos hacia sus alojamientos vieron ir; porque como una noche algunas yeguas que en el campo se llevaban se juntasen con los caballos y fuesen movidos por su natural y bruto accidente a querer tener exceso con ellas, huyendo las yeguas de los caballos, y los caballos siguiéndolas, fueron a meterse por los alojamientos y rancherías de los indios, los cuales espantados de ver tan grandes animales, creyendo que por mano de los españoles eran enviados a que los comiesen y despedazasen, comenzáronse a alborotar, y llenos de villano temor y miedo, comenzaron ciegame a huír por donde y como podían, desamparando sus alojamientos con todo lo que en ellos tenían.

El general y sus españoles, oyendo la vocería de los indios, creyeron que se movían para venir a dar sobre ellos y ponerles en algún aprieto, y así tomaron con toda presteza sus armas y se pusieron a punto para recibir los enemigos, sí viniesen; pero como la noche pasase, y venido el día hallasen menos las yeguas y caballos y no viesen a los enemigos en sus alojamientos, fueron a buscar los españoles sus jumentos, los cuales hallaron dentro en los propios alojamientos y rancherías de los enemigos, de donde conjeturaron que había procedido el alboroto toda la noche pasada y el haberse ahuyentado los indios y dejado el cerco que ya había días que sobre los españoles tenían puesto, en el cual tiempo, como he dicho, acometieron muchas veces a los españoles y solamente les hirieron dos soldados, y siempre quedaban ellos descompuestos y desordenados.

Con la vista de estas primeras gentes y modo de guerrear y armas que traían y ánimos que habían mostrado, conjeturaron muchos soldados viejos el poco daño que podían recibir si la muchedumbre de las gentes y naturales no los descomponía, y así su general determinó pasar adelante en demanda del pueblo o laguna donde la sal se hacía, y para guía y lumbre de su demanda tenían y traían consigo un indio, de quien atrás hemos hecho mención, llamado Pericón por corrompimiento del vocablo, tomado al principio de las sierras de Opón, que por señas les había dado relación de cómo era natural de la provincia de Bogotá, y cómo había estado y sabía dónde la sal se hacía, y por señas les daba a entender y decía cómo en aquella tierra adonde iban había muy muchos indios y grandes señores, significando por muchas maneras y señales sus riquezas y grandezas, y otras cosas que daban mucho contento con el oír las, y después que en el valle de la Grita estuvieron, la disposición de la tierra y el principio de ella, que era el valle donde estaban, y los muchos

caminos que por muchas partes atravesaban, las grandes humaredas, que de muy lejos se veían, que daban clara señal de grandes poblaciones, parecióle al general y a los demás que todas estas señales y conjeturas eran principio de lo que el indio les había dicho, y así mandó aperebir toda su gente para pasar adelante, la cual era a esta sazón bien pocos porque de casi setecientos hombres que sacó de Santa Marta, solamente metió en este valle de la Grita ciento y setenta hombres, que fue harta pérdida y destrucción de españoles; y todos los demás fueron consumidos con las calamidades y enfermedades atrás referidas.

|Capítulo segundo En el cual se escribe cómo el general Jiménez de Quesada salió con su gente del valle de la Grita y entró por la tierra del Nuevo Reino adelante, por muchas poblaciones, hasta llegar al pueblo de San Gregorio, con todo lo que con los naturales de este pueblo les sucedió.

Del valle de la Grita salió el general con su gente en buen orden y concierto puesta, y caminó por donde la guía lo llevaba, pasando por diversas poblaciones de naturales, que a una y a otra parte del camino quedaban todos, sin osar tomar armas en las manos ni resistir el paso y camino, porque como de la gente y naturales del valle de la Grita habían tenido noticia del valor y constancia que los nuestros habían tenido en guerrear, no curaban de salir a probar su fortuna.

El general, viendo que había entrado en tierra muy poblada, se alojó en un pequeño valle con su gente; y de allí envió a los capitanes San Martín y Lázaro Fonte con gente que pasaron adelante, descubriendo y dándole noticia y aviso de las poblaciones y disposición de tierra que por delante llevaban. El capitán San Martín caminó ciertas jornadas por tierra muy poblada, hasta que llegó a un valle que fue dicho y llamado el valle de San Martín, que entiendo ser el que ahora dicen de Chipatá, en cuya provincia está poblada la ciudad de Vélez, el cual desde allí envió aviso al general que atrás quedabas diciendo que no debía andar la gente dividida en tierra tan poblada /y abundante de naturales. El general luégo marchó con el resto de la gente, y llegó a donde San Martín estaba, en el cual valle descansé ocho días con su gente, porque había en él gran abundancia de comidas, de las que los indios en aquella tierra usan para su sustento, que es maíz, turmas, frisoles y otras raíces y legumbres que entre ellos son muy preciadas, y al cabo de estos días, sin que los indios moviesen sus armas contra los españoles, ni les hiciesen ningún daño, caminaron adelante, y llegaron a un pueblo que fue llamado el pueblo de San Gregorio, por haber llegado allí el día de San Gregorio, cuyo nombre es, y en lengua de los naturales Guachetá.

La ceguedad e ignorancia de estas gentes era tan grande, Y ellos estaban tan metidos en el error y pecado de la idolatría y de adorar y respetar tanta diversidad de simulacros y dioses imaginados por ellos, y hechos por sus propias manos, que verdaderamente quisieron también tener por tales a los españoles, y aun afirmativamente con obstinación, cierto tiempo creyeron y los tuvieron en reputación de hijos del Sol, a quien ellos tenían y adoraban por su principal dios, al cual tenían dedicados templos en que ofrecían y hacían sus sacrificios de humanas criaturas, oro, esmeraldas, mantas y otras cosas. Pues de tener en la imaginación los indios, como he dicho, que los españoles eran hijos del Sol, vinieron a llamarlos /Xua; y asimismo imaginaron que por mandado del Sol venían estos sus hijos, a

quien ellos tenían por inmortales, a castigarlos de sus deméritos y culpas, a los cuales hacían sacrificios como a dioses e hijos del Sol, ofreciéndoles por los caminos y poniéndoles en algunas partes de ellos, por vía de sacrificio, algunas mantas y oro y esmeraldas, y junto con esto sahumeros de moque y otros pestíferos olores, de los cuales suelen usar en sus templos los sacerdotes o jeques.

El pueblo de San Gregorio está puesto en un alto, sobre el cual hay otro alto de peñas que aquellos naturales tenían casi como por fuerza o fortaleza, donde se recogieron en la hora que vieron ir marchando los españoles por un llano adelante hacia su pueblo de Guachetá, por el cual llano asimismo había cantidad de mil casas, y los moradores de todas ellas se recogieron con los del pueblo de San Gregorio o Guachetá, al cerro más alto que, como he dicho, sobre este pueblo estaba; y como los españoles llegasen al pie de la cuesta del pueblo de Guachetá, parecióle al general que se detuviesen allí, hasta ver si podía dar a entender a los indios que en lo alto estaban, y de allí muy bien se veía, por señas que se les hiciesen, pues intérprete suficiente no había, que no les querían hacer mal ni daño ninguno, sino que procuraban su amistad para su beneficio y bien. Estando detenidos en esto el general y toda la gente, bajaron de lo más alto cinco indios, y acercándose un tiro de ballesta de los españoles encendieron lumbr e hicieron fuego, con leña que para este efecto traían, en el propio camino por donde los españoles habían de subir, y dejando un indio viejo que entre ellos venía, junto a la lumbr, se retiraron y volvieron a su alto, porque ya el general había mandado que saliesen algunos soldados ligeros y procurasen tomar aquellos indios para con ellos ver si podían atraer a su amistad a los demás; y visto que los indios se habían recogido al alto, el general caminó con toda su gente hacia el pueblo, y llegado que fue a donde los indios habían hecho la candela, hallaron el indio sentado junto a ella, al cual el principal de aquel pueblo había enviado por sacrificio a los españoles, para si lo quisiesen comer, como hijos que eran del Sol, porque estos bárbaros entre las otras supersticiones que de su religión siguen y tienen, es hacer algunos sacrificios en los templos del Sol, de hombres humanos, cuyos cuerpos, después de muertos, ponen en muy altos cerros, para que el Sol se sustente de ellos y los coma, y esta tienen por muy común opinión entre ellos; y cuando alguna seca les sobreviene, dicen que el Sol su dios está enojado, porque no le proveen de mantenimiento, y así para aplacar su furor y darle de comer, y que no retenga las lluvias, le hacen luego muy grandes sacrificios de gente humana, según que también trataré más particularmente de estas cosas en el lugar dicho ^{2a}, y por estas causas, como a hijos de padre que comía carne humana y con ella se aplacaba, envió este bárbaro a los españoles el indio que junto a la candela hallaron, al cual el general tomó consigo, y lo subió al pueblo de San Gregorio, donde con toda su gente se alojó, y procuró dar a entender al indio que por señas le había dicho cómo su cacique o principal lo había enviado para que lo comiesen, que no comían carne humana ni venían a hacerles ningún daño ni mal, sino a procurar su amistad y comunicación; y estando en esto el general, los indios que en lo alto estaban, corroborados y fortalecidos, viendo que los españoles no habían muerto al indio que les habían enviado con vana consideración, pareciéndoles que por ser aquel indio viejo y de duras carnes, no lo habían querido comer los españoles, y que así se habrían airado contra ellos con más furor, comenzaron desde donde estaban a arrojar y echar por el cerro abajo criaturas pequeñas y de poca edad, hijos de los propios indios, porque comiendo de ellas, como de carne más tierna, los españoles hijos del Sol, fuesen mitigados de todo punto, si algún furor tenían.

De estas criaturas algunas llegaban muertas, y otras aturdidas, y otras vivas, y viendo el general la loca, cruel y bruta determinación y obstinación de estos bárbaros, aborreciendo de en todo en todo aquel cruel hecho, comenzó con sus soldados a darles voces y hacerles entender por señas que les hacían, que no echasen sus hijos, ni los matasen de aquella suerte, que era cosa que él mucho aborrecía, y tanta eficacia se puso en esto por parte del general, que los indios cesaron de arrojar tan bárbara y cruelmente sus hijos y muchachos, y conocieron cuánto los españoles aborrecían y abominaban lo que hacían, y luego soltando el indio viejo con un bonete colorado y una camisa que le dio y cuentas y otras cosillas, lo envió con las torpes lenguas o intérpretes que tenían a que fuesen a hablar al cacique e indios de aquel pueblo, que estaban en el peñol, y les dijese cómo no comían carne humana, antes procuraban conservar las vidas de los indios y su amistad, y otras muchas cosas para atraerlos a paz y concordia.

El viejo se fue derecho a lo alto con mucha alegría de verse con la vida segura, y las lenguas, no osando llegar a donde los indios estaban, les hablaron de bien cerca lo que se les había mandado, con todo lo cual fueron algún tanto ablandados los indios, y quitados de su primer temor; y así bajaron cuatro indios por mandado de su cacique, con los cuales el general habló más particularmente, dándoles, aunque con dificultad por defecto de los intérpretes, a entender lo que pretendía, así acerca de su bien y conservación espiritual como temporal; y dándoles algunas dádivas de cosas de España traídas, los tornó a enviar para que así su cacique como toda la demás gente que en aquel fuerte estaban recogidos, se bajasen a sus casas y le proveyesen de comidas para su gente. Vueltos los indios a lo alto, sucedió que dende a poco un soldado, andando con un hacho o mechón de paja encendida, buscando en un bohío oro u otras cosas de qué aprovecharse, pegó fuego al bohío, el cual se empezó a arder con gran riesgo de todos los demás que en aquel pueblo había, al cual acudieron luego todos los españoles para apagar el fuego, porque de allí no prendiese en los demás, y se quemasen todos; y como los indios desde lo alto viesan que los españoles andaban apagando y mitigando el fuego, conocieron más claramente ser gente que no les pretendía damnificar, y así ellos bajaron de lo alto en mucha cantidad a ayudar a apagar el fuego, porque su pueblo no se quemase, y de aquí comenzaron a tratar amigablemente con los españoles, y el general les tornó a hablar sobre las cosas referidas, y volviendo algunos de ellos a donde su cacique o principal estaba, volvieron luego enviados por él con venados muertos y gran cantidad de maíz y bollos que están hechos del propio maíz, y otras cosas de comer y mantas de algodón pintadas y blancas, y coloradas, y de otras muchas suertes que los indios de esta tierra hacen (porque lana no tienen ninguna) y oro, de todo lo cual envió el cacique un buen presente al general; y luego comenzó toda la gente que en el peñol estaba recogida, a bajar y a tratar más sin temor con los españoles, y de aquí tuvo principio la paz entre los españoles y gentes del Nuevo Reino, y se fue prosiguiendo y dilatando por todos los pueblos dende en adelante; pero no fue cosa muy durable porque como estos naturales sea gente de fe dudosa y de verdad incierta, después se rebelaron y tomaron las armas contra los españoles, como adelante se dirá.

[Capítulo tercero En el cual se escribe la salida del general y su gente del pueblo de San Gregorio, llamado de sus moradores Guachetá. Trátase aquí la división de la duna del Nuevo Reino y cómo la poseían y tenían divisa entre sí y tiranizada Tunja y Bogotá, dos principales ¹³ y caciques.

El defecto de no hallarse al presente el general Jiménez de Quesada con expertos y buenos y entendidos intérpretes y lenguas, fue causa de muchos daños e inconvenientes que sucedieron, porque aunque los indios venían a tratar de paz y amistad con los españoles, los intérpretes que tenían eran tan torpes y bozales en la lengua castellana, que ni a los españoles daban ni podían dar enteramente a entender lo que los naturales y principales de la tierra decían, ni por el contrario entendían de todo punto lo que el general pretendía darles a entender acerca de su venida y entrada en la tierra, y de otras muchas cosas que para la conservación y dilatación de la paz general por toda la provincia era menester; y así, más ciegamente de lo que yo puedo escribir ni aun se puede pensar, se metió esta gente española por una provincia que si como era muy poblada, fuera la gente belicosa y contumaz y briosa en seguir la guerra, no pudieran dejar de peligrar todos, y ser muertos a no con brevedad tornarse a salir de ella; y así casi como quien a tiento camina, solamente con la demanda de la sal, con que hasta este paraje habían llegado, pasaron adelante del pueblo de San Gregorio, que ya también llamaban de la paz, y caminando con buen orden y recatadamente llegaron al pueblo de Lenguazaque, cuyos moradores, por la nueva que ya de atrás tenían del poco mal y daño que los españoles hacían, los esperaron de paz, sólo por ver una cosa para ellos tan hazañosa y extraña, pues ni la habían visto ni oído decir a sus mayores, cómo eran los españoles, gente vestida y blanca, y adornados los rostros con barbas, y aquella grandeza y ferocidad de los caballos, y la ligereza de los perros; que de cada cosa destas imaginaban estos bárbaros cien mil géneros de vanidades, porque como estas gentes, demás de ser tan agrestes y de muy bajos y humildes entendimientos, ninguna noticia ni lumbre de fe natural tenían, con la cual hubiesen jamás alcanzado a ver un Dios que todas las cosas crió, y estuviesen tan ciegos en la creencia y religión de sus falsos y vanos dioses, a quien ellos atribuían un poder tan limitado, que aun la creación de las cosas que tenían y poseían, en general no les atribuían, admirábanse y con mucha razón de lo que en los españoles y en sus jumentos veían, pareciéndoles que ya que en su opinión habían tenido a los españoles por hijos de su dios el Sol, que no podían acabar de conjeturar ni entender quién hubiese criado los caballos y perros, e inventado las otras cosas que traían, pues ellos habían carecido y carecían dellas, y si sus dioses hubieran sido los autores de todo esto, también ellos hubieran participado de él, o de todo ello, y con esta bárbara admiración no sólo los naturales de los pueblos que en el camino había, pero los de muy lejas poblaciones, venían llenos de admiración, y convocados con la nueva que de los españoles había penetrado, acudía mucha parte de la tierra a grandes manadas a ver lo que nunca habían visto ni oído, y para que su vista fuere agradable a los españoles, cada cual traía el presente conforme al posible que tenía, aunque de venados y otros géneros de comidas siempre trajeron en mucha abundancia.

El general, más por señas que con la plática de los intérpretes, procuraba dar a entender a los indios lo mucho en que tenían su paz y amistad, y el galardón que habrían si la conservaban con lealtad, porque para otras honduras y altezas espirituales ni aun temporales que les quisiera decir ni dar a entender, el defecto dicho lo hacía cesar todo, y dejando con todo sosiego en sus casas los moradores de Lenguazaque marchó y pasó adelante con su gente, hasta llegar al pueblo de Cucunubá, donde asimismo, más por los respetos dichos de curiosidad de ver lo nunca visto, que con buena ni entrañable y amigable voluntad de ser amigos, se estuvieron en sus casas, continuando siempre la multitud de

bárbaros que apartadas tenían sus habitaciones y moradas, su venida a ver nuestros españoles, con los errores y presupuestos dichos.

El general, luégo que los indios le empezaron a dar la paz en los pueblos de atrás, conociendo el atrevimiento y codicia de los españoles, y para que mejor les fuese guardada y conservada, hizo ciertas ordenanzas y capítulos que les parecieron ser necesarios para estos efectos, entre los cuales mandó, con pena de muerte, que ningún soldado ni español de ninguna calidad entrase en los bohíos o casas de los indios que estuviesen de paz, sin su licencia y consentimiento, ni que a indio que de paz viniese se le tomase cosa alguna de lo que trajese, aunque fuesen cosas de comer, ni se les hiciese otras fuerzas ni agravios; las cuales ordenanzas procuró el general que se guardasen tan inviolablemente cuanto adelante se dirá, con el propio rigor con que las hizo.

Del pueblo de Cucunubá, pasando adelante y dejando los naturales de él pacíficos, llegó el general con su gente al pueblo de Suesca, que es del señorío de uno de dos poderosos tiranos que en la provincia del Nuevo Reino había; y para que mejor se entienda lo que vamos diciendo, es de saber que en la provincia del Nuevo Reino de Granada, que es la que al presente se va descubriendo, y por do los españoles van entrando, en que se incluye solamente la gente Mosca, de cuyos naturales está poblada, desde su antigüedad y principio siempre fue poseída de particulares caciques y principales que por pueblos o por valles tenían sujetos así los naturales y casi se gobernaban con quietud, después de lo cual fueron creciendo por vía tiránica las fuerzas de dos de estos caciques y principales de esta provincia del Nuevo Reino, llamados Tunja y Bogotá, cada cual procurando sujetar a sí los otros caciques que en su comarca había. Poco a poco estos dos principales, que estaba el uno del otro veinticinco leguas, se hicieron poderosos en los otros señores, sujetándolos, como he dicho, por fuerza de armas.

En esta sazón que el general entró con su gente en este Nuevo Reino, de quien vamos tratando, estos dos tiranos lo tenían diviso entre si, sujetando y poseyendo el tirano y cacique Bogotá, desde un pueblo llamado Chocontá, hacia la parte del sur, todo lo que hay hasta el pueblo de Guasca, que serán veinte leguas; y el tirano y cacique Tunja poseía, desde el pueblo llamado Turmequé, hacia la parte del norte, todo lo que hay hasta el pueblo de Saboyá y Chipatá, y asimismo en esta sazón estaban estos dos tiranos enemistado y llenos de ira y furor el uno contra el otro, sobre ciertas enemistades que poco antes entre ellos se habían fraguado, y cada cual en su territorio aderezaba las aramas y hacía y juntaba grandes municiones y vituallas para hacerse la guerra, convocando sus sujetos a que les siguiesen.

Después, desde algún tiempo que los españoles estuvieron poblados y entendieron la discordia que en esta sazón tenían los dos señores y principales, les pesó mucho al general Jiménez de Quesada por no haberlo podido alcanzar ni saber, porque pretendía, si lo supiera, llegar a uno de los tiranos, y se le satisficiera con sus riquezas, ayudarle a guerrear, y después quedarse con la tierra y riqueza del uno y del otro, como al fin se quedó, aunque no con el oro. Podrá ser que esto Jiménez de Quesada no lo tratase, pero así me lo certificaron.

Volviendo a la historia, por la provincia del tirano Bogotá es por donde al presente han entrado el general Jiménez de Quesada, y la de Tunja al tiempo que llegó al pueblo de San Gregorio la dejó sobre mano izquierda, que pasaría apartado del propio pueblo de Tunja hasta cuatro leguas y no más; y es cierto que si entonces acertara a dar de repente en el pueblo deste bárbaro Tunja, que le hallara descuidado, que en él se podían haber infinidad de riquezas de oro, que después se escondieron. Llegado el general al pueblo de Suesca, que está puesto en un llano, casi en el propio valle de Bogotá, los naturales y moradores de él esperaron asimismo de paz, con sus dádivas y presentes, que aunque eran de mantas y oro, se pueden decir de poca importancia. Alojose en este pueblo el general por gozar de la llanura de él y de los muchos venados que los indios le traían, donde sucedió un hecho al parecer escandaloso y tirano, aunque provechoso para que la paz de los indios fuese conservada, y la justicia temida, y las leyes guardadas; y fue que antes un poco deste pueblo de Suesca, se había muerto una yegua de las que los soldados llevaban, y como un soldado llamado Juan Gordo saliese del alojamiento y fuese a proveerse de alguna carne de aquel animal muerto, en el camino encontró cuatro o cinco indios que iban hacia donde el general estaba alojado, y llevaban tres o cuatro mantas para el general, los cuales, como toparon y vieron al soldado sin que él llegase a ellos, le arrojaron las mantas en el suelo para que las tomase, y dejándoselas allí se fueron y prosiguieron su camino a donde el general estaba, y el soldado a donde la yegua se había muerto. Los indios le dijeron al general cómo traían unas mantas y las habían dado a un soldado que en el camino habían topado; el general lleno de cólera deste negocio, pareciéndole que era gran atrevimiento y desvergüenza salir al camino, y en menosprecio de lo que él tenía mandado, quitar a los indios lo que traían, procuró inquirir y saber qué soldado fuese aquél, y sabido, hizo a su alguacil que estuviese a punto y que en llegando lo prendiese, lo cual se hizo así, y por este pequeño exceso, que aún no se averiguó dello, para ejemplar castigo de todos, hizo otro día de mañana ahorcar y dar garrote a Juan Gordo, sin poderle estorbar este hecho los ruegos de todos los del campo, ni incitarle a dejarlo de hacer por la poca gente que tenía y la mucha entre quien entraba. Pero con este castigo, aunque a costa de la vida del pobre soldado, fue temido el general desde en adelante, y no hubo hombre que se le desmandase ni osase ir contra lo que tenía ordenado, y aun desde algunos días tuvo otro soldado llamado Palomo dado dos vueltas a un garrote, y casi ahogado se lo quitaron por fuerza, por haber, en compañía de otros soldados, tomado ciertos venados para su mantenimiento a los indios que los traían; mas como he dicho, de este rigor y severidad sacó quietud para su gente, porque de otra manera cada cual se descomediera y atreviera a hacer lo que quisiera y no se les diera seis blancas por su general ni por lo que mandara, por ser en las Indias los hombres más libres de lo que deben ser con sus mayores. Este castigo hizo el general al tiempo que con su gente salió del alojamiento y pueblo de Suesca.

[1](#) Desde este libro en adelante faltan los encabezamientos en la "tabla" de Sevilla

[2](#) En el texto original está añadida entre líneas "quesque"; al margen, *[guizque, tachada.*

[2a](#) Se trata de una referencia al libro 5º suprimido.

[3](#) En la "tabla" de Sevilla se lee: "dos principales caciques".

- [Versión para impresión](#)
- [Añadir nuevo comentario](#)
- [/](#)

•

[Comentarios \(0\)](#) | [Comente](#) | [Comparta](#)